

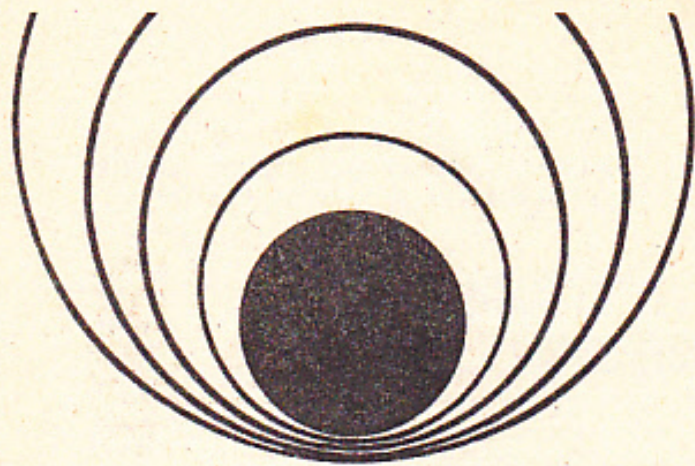


ENCANTA- DORAMENTE MUERTA

Albert Rosbund



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

ENCANTADORAMENTE MUERTA

Colección PUNTO ROJO n.º
961 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
508 — Incidente en Red Rock.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
437 — Lazo de sangre.

En Colección PUNTO ROJO:
956 — Brigada de detectives.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.568 — Sheila es la clave.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 23.193 * 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1980

© Albert Rosbund - 1980

texto

© Norma - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S, A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

Eran las once de la mañana cuando llegué al despacho de Clark Borden. Me había telefonado la noche anterior con el ruego de que acudiera a su oficina en cuanto pudiera.

Había unas cuantas personas en la antesala, hombres y mujeres jóvenes, algunas fumando nerviosamente. Me identifiqué a la secretaria, una rubita de excelente contoneo que ya no me recordaba, pero yo a ella sí, y en seguida encontré el camino libre para entrar en el despacho de Clare Borden, ante el asombro de los presentes.

Clark Borden era un hombre que ya había sobrepasado el medio siglo de existencia, pero que se mantenía en perfecta forma física gracias al deporte que practicaba asiduamente. Poseía una cabellera entrecana y sus facciones eran algo toscas, con unos ojos negros que miraban muy escrutadoramente.

Su profesión: empresario teatral.

—Tengo un problema, John —me dijo gravemente, tras los saludos de rigor.

Lo suponía. Hacía tiempo que no nos veíamos, desde que tuve que vigilar la conducta de su contable.

Tomé asiento y pregunté:

—¿De qué se trata?

Con el índice de la mano derecha me señaló la pared de enfrente. Vi un cartel pegado con chinchetas. En él se anunciaba el fabuloso *show* musical de Elaine Blyth, que se celebraba todas las noches en el Buick Theatre. La chica de marras era todo un portento, todo un canto a la hembra sensual.

—¿Ella?

—Sí.

Esbocé una sonrisa y pregunté:

—¿Se va a casar y te quiere dejar?

—No estoy para bromas, John —cortó, secamente.

—Tú dirás.

Se paseó nerviosamente por delante de mí.

—Bueno, han sucedido cosas raras...

—¿Qué cosas?

—Hace tres noches, después del estreno, destrozaron el camerino de ella.

—Hum.

—Pensamos en unos ladrones y lo dejamos correr. Pero anoche, poco antes de que te llamara, sucedió algo insólito...

—¿Qué?

Se detuvo y me miró fijamente.

—Echaron vitriolo sobre una mascarilla de maquillaje de Elaine.

Me acomodé mejor en la butaquita, comentando:

—Mal asunto.

—Estoy preocupado, John. Es por todo esto que te he llamado.

—Ya —chasqueó la lengua—. ¿Nadie vio a la persona o personas que lo hicieron?

—No. Los hechos debieron ocurrir durante las actuaciones de Elaine. Entonces el camerino está libre y todo el mundo, incluso los empleados del teatro, están con los ojos sólo pendientes de ella.

—¿Y la tal Elaine qué dijo?

—Bueno, la primera vez ya te he dicho que pensamos que había sido cosa de unos ladrones. Ella dijo que como no faltaba nada importante, que lo olvidara. En la segunda ocasión, se mostró asustada, nerviosa. Pero en ningún momento quiso que avisara a la policía.

—Curioso.

—Por eso te llamé. Ahora ya no creo en ladronzuelos. Pienso que alguien se quiere cargar el espectáculo... o amenazarla.

—De todas formas, deberías avisar a la policía.

—No puedo.

—¿Porque ella no quiere?

—Sí.

—Diablo, ¿tanto poder tiene? —me asombré e hice memoria—. ¿Acaso es una primera figura? Que yo recuerde, nunca he oído hablar de ella.

—Posiblemente nunca oigas hablar de ella —dijo con un tono no exento de cierto rencor.

—Reconozco que tiene buen palmito'—miré otra vez el cartel en que se hallaba fotografiada.

—Y eso es todo.

Mis ojos se clavaron ahora en Clark Borden.

—No te entiendo —le dije—. Si piensas así, ¿cómo la has puesto al frente del espectáculo?

—Si tú supieras las cosas que debo hacer de un tiempo a esta parte... El negocio está en crisis, John.

—Como todo.

Dio una cabezada de asentimiento y me explicó:

—Hay que agarrarse a cualquier cosa. Yo ya tenía el *show* preparado, con elenco escogido por mí, toda la gente adecuada..., pero de pronto me falló un amigo con el que me había asociado para llevar a cabo esta empresa y todo se tambaleó. El *show* corría peligro, su estreno se hizo muy problemático. Entonces apareció Elaine como caída del cielo.

—Esto parece un cuento de hadas.

—Bueno, en realidad cayó del cine erótico.

Lancé un silbido.

—No me extraña.

—Ella era hasta ese entonces actriz de ese tipo de cine —siguió explicándome Clark Borden—. Como cantaba algo, había aprendido unos cuantos pasos de baile y sobre todo era poseedora de un buen palmito como tú has comentado antes, pensó en romper con su imagen y nada mejor que hacer un *show* musical. En otras circunstancias la hubiera mandado al diablo, pero —compuso una mueca amarga—, pero apareció con un sobre lleno de billetes...

—¿Y de dónde los había sacado? —le interrumpí.

—Las ganancias de su trabajo como actriz erótica, supongo. Ahí se gana bastante.

—Ya.

—Se había enterado de las dificultades que tenía y aceptaba ser mi salvación a cambio de una sola condición: ser la primera actriz del *show*. No tuve más remedio que aceptar. Llamé a Roy Margolin, el del libreto, para que se pusiera a trabajar a todo gas e hiciera los cambios necesarios sin tener que prescindir de los demás. ¿Comprendes ahora por qué Elaine Blyth está ahí?

Asentí con la cabeza. No envidié para nada a Clark Borden, sus negocios y sus problemas. Vivir entre números debía ser toda una pesadilla.

—¿Qué clase de chica es ella? —pregunté.

—¿Qué quieres que te diga? No la he tratado mucho, ésa es la verdad. Creo que es, ante todo, muy ambiciosa. También he de reconocer que procura poner todo de su parte y hasta ahora está sacando la función con bastante decoro. Las críticas no han sido muy malas y viene abundante público..., sobre todo por su imponente físico. Ya que es más bella y escultural que Alexandre Fenton, la que iba a hacer el primer papel, Roy Margolin creyó oportuno incluir un par de escenas con desnudo integral. Eso es lo que nos está salvando, velando los fallos que tiene de vez en cuando.

—¿Sabes si tiene problemas?

—No.

—¿Tiene algún lío sentimental?

—Que yo sepa, no.

—¿Crees que lo sucedido va contra ella?

—Eso parece. El camerino era el suyo, la mascarilla también... Contra ella o contra el espectáculo. Me inclino por lo primero. Y no me gusta nada.

—También podía ir contra ti. ¿Has tenido tú problemas con

alguien?

—Ya lo he pensado muy detenidamente. La respuesta es tajante: no.

Me callé, pensativo.

—Quiero que investigues, John, que averigües por qué están pasando estas cosas tan raras. Supongo que en estos dos años habrás variado tus honorarios...

—Ajá —sonreí—. La crisis, ya sabes.

—Te pagaré lo que pidas. Necesito salvar el espectáculo. Y por favor, ni una palabra a Elaine Blyth. Quiero que lleves el asunto de una forma privada.

—Desde luego. Para algo soy un detective privado —solté una breve carcajada.

Clark Borden dejó de pasearse nerviosamente ante mi y se dirigió hacia un monumental mesa escritorio. Ocupó el sillón giratorio y abrió el cajón central, sacando de él un talonario.

—¿Qué anticipo quieres? —me preguntó, ya con el bolígrafo en la mano.

—Pon quinientos.

Sus cejas se dispararon hacia arriba, pero no rechestó. Escribió rápidamente, arrancó el talón y vino a entregármelo. Yo le di el visto bueno y me lo guardé.

—John, espero que no me defraudes.

—Seguro que no. Pero hay que reconocer que tampoco puedo hacer milagros. Son muy pocos los datos que me has dado.

—Lo sé.

—¿Ni siquiera tienes un indicio?

—Pues... —se masajeó el mentón—. Tengo una sospecha, pero es muy débil. No creo que...

—Dímela.

—Se trata de Alexandra Fenton.

—¿La que iba a actuar como...?

—Sí —me interrumpió—, Al entrar en escena Elaine Blyth, quedó relegada a un segundo término. Desde entonces está malhumorada y despotrica cuanto puede. Tal vez... tal vez quiera asustar a Elaine Blyth para que abandone y así ocupar el puesto.

CAPITULO II

Me trasladé hasta la dirección facilitada por Clark Borden. La chica vivía cerca de Washington Square, en un modesto edificio de apartamentos limpio y bien conservado. Gracias al panel de buzones supe el piso y la puerta.

La puerta me la abrió una joven que a lo sumo tendría veinticinco años, alta, morena, delgada, vestida con unas deportivas ropas de calle. No era una gran belleza debido a la angulosidad de sus facciones, pero poseía un tipo excelente, propio de una modelo o de una bailarina. Sus ojos miel se agrandaron al verme, demostrando cierta desilusión.

—Oh.

Supuse que debía estar esperando a alguien, y yo no era ese mortal.

—¿Alexandra Fenton?

—En efecto —asintió también con la cabeza, mirándome luego con fijeza—: ¿Quién es usted?

—John Denver —saqué mi carnet y se lo mostré desde lejos y rápidamente, para que no pudiera leer los datos—. Trabajo para la revista *Star Magazine*.

Ella parpadeó, sorprendida, abanicando sus largas y rizosas pestañas.

—¿Puedo pasar? —agregué.

—Verá... Tengo un compromiso. No puedo atenderle. En otro momento...

—No importa. Sólo la molestaré lo que tarde en aparecer sus compromiso, tiene mi palabra. Tengo mucho interés en hacerle una entrevista.

Di un paso adelante, con decisión, y ella no lo impidió. Finalmente entré, y la joven se limitó a cerrar la puerta.

Pasamos al *living*, bien amueblado, coqueto, en el que se podía aspirar el perfume de la mujer. Ella tomó asiento en una butaca y cabalgó una pierna sobre la otra.

—¿De qué se trata?

—La obra *Christie*.

—Oh, siéntese —cayó en la cuenta—. Por favor.

Lo hice, mientras sacaba un bloc y un bolígrafo para simular que tomaba notas.

—¿Le gustó mi actuación? —pareció animarse a conversar. Me di cuenta que, como en la mayoría de los casos, sólo era cuestión de hacerle brotar la vanidad.

—Sí —mentí, pues ni siquiera la había visto—. Tiene usted un

gran estilo.

Ella sonrió halagada y yo machaqué:

—Mucho mejor que el de la protagonista, esa Elaine Blyth.

Los ojos de Alexandra Fenton refulgieron.

—No tiene ninguna preparación —se tiró hacia adelante—.
Procede del cine erótico...

—Sí, ya lo sé.

—Sólo sabe hacer poses y quitarse la ropa.

—Es cierto —asentí, mientras garabateaba un poco—. Y no me explico cómo la han desaprovechado a usted de esa forma, cuando se ve a la legua que sabe bailar y cantar mucho mejor.
¿Cómo empezó usted?

—Yo nací en Albany, y desde muy pequeña tuve afición para el canto y el baile, así que en cuanto tuve edad me trasladé aquí, a New York, para estudiar ambas cosas. Como procedía de una familia humilde de Albany, no podía únicamente dedicarme a estudiar, por lo que al principio estuve trabajando en unos almacenes como dependienta y más tarde, con algo ya de experiencia, conseguí entrar a formar parte del grupo de Helen Bancroft. Con ella estuve varios años, no era más que una chica más de su cuerpo de baile y coro. Poco a poco fui destacando y adquirí cierto nombre e independencia. Ahora, con «Christie», se presentaba mi gran oportunidad... y de pronto quedé relegada a un papel secundario.

Ella calló, apretando los labios. Era evidente su enfado, su contrariedad.

—¿Qué explicación tiene eso?

—¿No lo sabe? —se extrañó.

—No.

Volví a mentir descaradamente para escuchar la historia de otros labios.

—El socio de míster Borden, el empresario, se vino atrás. Míster Borden solo no podía afrontar el presupuesto y entonces apareció esa... —hizo un gesto despectivo—. Le ofreció el dinero necesario por ser la protagonista exclusiva.

—¿Chantaje?

—Se podría llamar de muchas maneras. Míster Borden quería llevar a cabo el proyecto y ella era una solución. Sólo tenía que aceptar su condición. Y yo fui la principal perjudicada.

La miré con fijeza.

—¿Está resentida?

Ella se tomó un respiro, descabalgando la pierna derecha y cabalgando la otra.

—Voy a ser sincera con usted. Algo, sí. ¿Cómo se lo habría

tomado usted?

—Tiene razón.

—Ha sido una fea jugada. No hay cosa que más rabia dé que a alguien le quiten el puesto por otra persona de peor calidad. Esta sociedad es injusta e hipócrita. Predomina la ley de la amistad, de los favores convenencieros y del chantaje. Ahora que ella caerá. Las últimas palabras las dijo con auténtico rencor, haciendo rechinar los dientes.

—¿Qué quieres decir?

—La obra está en marcha, parece ser que funciona a nivel de público, saca unos dividendos potables... Si ella no pudiera actuar, saldría yo.

—Pero eso significaría que a ella le pasara algo.

—Y no me extrañaría que le sucediese.

Sentí un raro hormigueo.

—¿No me dirá que usted pretende...?

—No, no —me interrumpió, sonriendo de una forma que no me llegó a tranquilizar—. Pero hay alguien que sí.

—Me gustaría que se explicara.

—Ultimamente han pasado cosas extrañas, ¿sabe? Han destrozado su camerino, le han echado vitriolo a una mascarilla... Creo que Elaine Blyth tiene problemas. Yo estoy al acecho.

—¿Qué clase de problemas? Me interesa. Eso podría ser noticable.

—No lo sé. Pero ya me enteraré, ya. Esa zorra no se va a salir con la suya. ¡Como yo me llamo Alexandra!

Fue a decir algo más, pero entonces sonó insistentemente el timbre de la puerta.

—Ese debe ser William —se puso ella en pie—. Lo siento, señor Denver. Se acabó la entrevista.

—Le estoy agradecido por la deferencia. Ha sido una charla muy interesante.

La acompañé hasta la puerta. Cuando la abrió, apareció en el umbral un tipo de mi edad y corpulencia, de pelo rubio, facciones simpáticas, varoniles, y vestimenta elegante. A primera vista presentaba aspecto de play-boy.

—Hola, Alexandra —saludó jovial. Luego me encaró y dijo en tono humorístico—: Eh, ¿quién es él? No está bien que me engañes, nena...

Alexandra sonrió, apresurándose a hacer las presentaciones. El rubio respondía al nombre de William Ley y ella manifestó que era buen amigo suyo.

—¿Es usted también actor? —le pregunté mientras descendíamos en el ascensor, pues los dos iban a almorzar a algún sitio.

—No. Trabajo en una empresa de compra y venta de automóviles.

Los vi alejarse en un coche deportivo último modelo, mientras reflexionaba sobre lo hablado con la joven. Si había sido sincera, y así parecía, nada tenía que ver con los extraños sucesos del Buick Theatre. También ella opinaba que Elaine Blyth se encontraba en problemas.

Bueno, ya era hora de que la conociera.

Clark Borden también me había facilitado su dirección. Pensaba utilizar el mismo sistema que con Alexandra Fenton para entablar conversación con ella, aunque también entraba en mis planes vigilarla para saber con quién se relacionaba.

Pero en esta ocasión ya no tuve tanta suerte.

El conserje del suntuoso y moderno edificio donde vivía —que me hizo pensar en unas fuertes posibilidades económicas— me informó que acababa de salir.

—Posiblemente la encuentre en Sandy's —agregó—. Suele ir allí a almorzar.

Le di las gracias y fui al bar restaurante indicado. Se encontraba dos manzanas más abajo, en la misma Lexington Avenue, cerca del cruce con la East 72nd Street.

Fue entrar y verla.

La llevaba perfectamente impresa en mi cerebro, desde que la viera en el cartel del despacho de Clark Borden. Llamaba poderosamente la atención, sentada en un alto taburete de la barra, con su larga melena negra como ala de cuervo cayéndole por la espalda casi hasta sus nalgas. Era muy hermosa, de una belleza agresiva que empalidecía a la mujer que estaba a su lado, a su derecha, una rubia de ojos claros que no buscaba la provocación ni en su atuendo ni en sus gestos.

Me encaramé a uno de los taburetes, junto a Elaine Blyth, y pedí un martini. Creí conveniente no intervenir, dado que las mujeres se conocían y hablaban entre ellas.

Puse la oreja.

—No, Margaret, lo siento.

—Pero Elaine...

—No insistas.

—Ni los viejos tiempos...

—Aquello ya pasó. Lo tengo olvidado. Nunca miro atrás. Sólo me interesa el presente y el futuro.

—Está bien. Veo que Edward tenía razón.

—Dile que no quiero volverle a ver, es un pesado moscardón. Lo nuestro acabó.

—Has cambiado mucho.

—La que ocurre es que no he querido anquilosarme... cosa que me hubiera sucedido de seguir a vuestro lado.

—Sí.

La tal Margaret apuró su copa con gesto de mal contenida rabia.

—Adiós —dijo, tomando su bolso—. Citarme contigo ha sido una pérdida de tiempo.

Elaine Blyth la dejó marchar sin más palabras. Se quedó bebiendo a pequeños sorbos su combinado, impasible. Yo observé cómo la otra salía del local, con paso rápido, nervioso. La encontré alta, con un tipo proporcionado, escultural.

—Hola, Elaine —dije, cuando la chica rubia desapareció de mi vista.

Ella respingó, girando la cabeza,

—¿Quién es usted?

—John Denver, del *Star Magazine*.

Me observó mejor, con mayor detenimiento, tal vez tratando de adivinar si decía la verdad. Yo me limité a esbozar una sonrisa.

De repente, espetó:

—¿Qué hace aquí: escuchando?

—Gajes del oficio.

Apretó los labios, contrariada.

—En realidad la buscaba para hacerle una entrevista —añadí—. ¿Ha almorzado ya?

—No.

—La invito.

Vaciló.

—Si es usted de las que miran al futuro, le interesa. Salir en el *Star Magazine* es importante.

Su vanidad le pudo.

—De acuerdo —aceptó.

Se retiró de la barra y yo tuve que hacerme cargo de las tres consumiciones ante la mirada inquisidora del *barman*. Luego me reuní con ella en una mesa del fondo del salón dedicado a comedor.

Sonaba una música suave. Un camarero vino a traernos la carta para que escogiéramos.

Ella pidió un almuerzo completamente vegetariano. Yo preferí consomé y estofado de carne.

—¿Y qué quiere saber? —me preguntó cuando el camarero se retiró.

—Cosas de su vida.

—Pues mi historia es bastante sencilla, incluso le parecerá tónica,.. Yo procedo de New Canaan, una pequeña población de Connecticut. Allí vivía con mis padres, dedicada a los trabajos de la granja. Yo admiraba mucho a las mujeres del espectáculo como Barbra Streissand. Un día, tras una riña familiar, cogí mis bártulos y me vine aquí. Tuve suerte porque en seguida conocí a...

—¡John! —tronó entonces una voz—, ¡John Denver! ¿Qué haces aquí, viejo sabueso?

Maldije para mis adentros, deseando qué la tierra me tragara. Justo en esos momentos tenía que aparecer el inoportuno de Kelvin. Corredor de apuestas, amigo del whisky y de las faldas, juerguista empedernido...

Me dio una palmada en la espalda y se quedó mirando a la mujer.

—¡Qué belleza te gastas últimamente, truhán! ¿Un ligue o cosa de trabajo?

—Trabajo, Kelvin —dije rápidamente—. Anda, déjanos,

—¿Estás sobre la pista del marido infiel?

Soltó una carcajada que me sentó como una cuchillada. Elaine había palidecido.

—No sabes lo que dices, Kelvin —forcé una sonrisa—. Estás un poco bebido. Hala, retírate.—¡Un momento! —terció ella, alzando un brazo—. ¿Acaso este hombre no pertenece a la plantilla de *Star Magazine*?

—¿Eh? —Kelvin me miró, sin saber por dónde salir. Finalmente improvisó—: Sí, sí, claro... Es un sabueso de noticias. Siempre en busca de líos para su columna sensacionalista —me dirigió otra mirada, ya sonriendo, queriéndome decir lo bien que lo estaba haciendo—. John Denver, el as del chismorreó artístico. Sí, señorita. Lo tiene ante usted. ¡El es!

Calló y ella no dijo nada. Kelvin chasqueó dos dedos, agregando:

—Bien, creo que sobro aquí. Ha sido un placer, señorita —le dedicó una reverencia—. John, hasta otra.

Le miré con mal gesto para que no sólo se alejara de nosotros, sino para que saliera del local.

—Perdone a este amigo —la sonreí, tratando de ser convincente—. Es muy impulsivo.

—Ya.

Su rostro expresaba gravedad y desconfianza. Presentí que había perdido la partida.

—Creo que podemos seguir con la charla...

—Primero vamos a almorzar, señor Denver. Ahí están los platos.

En efecto, el camarero ya los traía. Durante toda la comida apenas despegamos los labios, salvo para hacer comentarios sobre lo que devorábamos. Luego pedimos café, y entonces me atreví a insistir:

—¿Podemos ya hablar? Creo que usted puede dar lugar a un interesante reportaje...

—Sí.

—Estaba contándome su vida...

—Ah, sí. Pero creo que usted la debe saber tan bien como yo. ¿No

es un sabueso?

—De la información.

Sus ojos brillaron al hacer la pregunta:

—¿Podría enseñarme su carnet de prensa?

Estaba cogido.

—Pues... no lo llevo.

—Entonces hablaremos cuando lo lleve encima. El almuerzo ha sido muy agradable, señor Denver. Gracias.

—¡Eh, espere!

—¿Para qué? —me dijo ya en pie—. ¿Va a contarme lo que se propone?

—Sólo quería acercarme a usted, gozar de su presencia, charlar... La admiro todas las noches en el Buick Theatre. ¡Soy un apasionado admirador suyo!

—¿De veras?

—Sí.

—Creo que me está tomando otra vez el pelo. Lo siento. No tengo tiempo para perder. Adiós.

Fui a ir tras ella, pero el camarero me cortó el camino con una sonrisa y un papel en la mano.

—La cuenta, señor.

Tuve que pagar, aunque de mala gana. Luego ya no la encontré, ni en la calle, ni en su casa. Maldije una vez más al estúpido de Kelvin.

Llegué a la conclusión de que para volver a encontrar su rastro debería esperar a la noche, ella tenía que acudir inexcusablemente al Buick Theatre para su representación. Así que decidí pasar por mi oficina y echarle una ojeada al correo y al contestador automático.

No había nada de interés, por lo que me bebí un whisky lentamente, con la misma lentitud con que veía morir la tarde a través del ventanal del despacho.

Cuando decidí que ya había matado bastante el tiempo y era hora de asomarse al teatro —además, tenía realmente interés en ver el espectáculo, comparar a Alexandra Fenton con Elaine Blyth — sonó el timbre de la puerta.

Abrí, pensando en la señora de la limpieza, pero me encontré con dos hombres y una pistola.

CAPÍTULO III

No tenían la clásica pinta del matón, esa que han popularizado el cine y las novelas baratas. No eran los típicos y tópicos gigantes de rostro feroz con el estigma del crimen en sus pupilas. Cualquier persona los hubiera confundido con sencillos hombres de la calle, tal vez representantes de comercio o ejecutivos de mediana empresa.

Uno era alto, delgado, moreno, bien parecido, con unos ojos claros que debían hacer furor entre el género femenino. El otro, de mediana estatura y facciones angulosas, era más corpulento. Ambos vestían con cierta elegancia y debían estar rondando los treinta y cinco años de edad.

—¿Señor Denver? —preguntó el primero.

—Sí.

—Adentro —ordenó el segundo, que era quien empuñaba la pistola.

Obedecí sumisamente.

Una vez cerró la puerta el alto, vino hacia mí y me cacheó, mientras su compañero no cesaba de apuntarme con el arma.

—No lleva nada —informó.

—¿Puedo saber quiénes son ustedes? —pregunté.

—Dos amigos.

—Los amigos no amenazan.

E! corpulento dejó escapar una risita por toda respuesta. Luego dijo:

—Dale.

El alto ya había cerrado sus manos formando dos bonitos puños. Me atizó de pronto, sin respiro, en el estómago y en el hígado, varias veces, hasta verme boquear. Entonces vino el otro y me soltó una patada en las ingles para completar la cosa. Caí de rodillas, jadeando como una bestia herida y sintiendo todos los horrores del infierno.

El alto me alzó el rostro por los cabellos.

—Supongo que a partir de ahora ya no meterá las narices donde no le llaman, ¿verdad?

Fui incapaz de articular palabra.

El tipo esbozó una sonrisa y con la otra mano me pegó en el rostro hasta que se cansó. Mi cabeza se había convertido en algo así como un puchero de agua hirviendo. Entre nebulosas vi al del arma venir de nuevo hacía mí y en esta ocasión la puntera de su maldito zapato me alcanzó en las costillas y me derribó inevitablemente.

—Creo que ya tiene bastante —dijo el corpulento.

—Sí.

Yo permanecía quieto como un muerto, boca abajo, saboreando mi

propia sangre que goteaba de los labios partidos. Escuché sus pasos al alejarse, luego el portazo al cerrar la puerta. Entonces me decidí a moverme. No podía levantarme y me tuve que arrastrar como un gusano hacia el diván.

La puerta se abrió de repente y por un instante temí que fueran nuevamente ellos: habían cambiado de opinión y volvían con la intención de acabar conmigo.

Pero afortunadamente no era así. Se trataba, ¡esta vez sí!, de la señora de la limpieza.

La pobre mujer lanzó un grito al verme, luego se recuperó del susto y me atendió, llamando finalmente a una ambulancia, pues mi aspecto y mi condición física eran deplorables.

Fui llevado al Memorial Hospital. Allí me hicieron una revisión y consideraron oportuno que permaneciera en observación y reposo durante veinticuatro horas. No tuve inconveniente porque realmente me encontraba hecho polvo. Sólo pedí que se le pasara aviso a Clark Borden.

—¡John, muchacho! —se presentó muy alarmado.

Los de la policía se encontraban en ese momento conmigo, tomándome declaración. Habían sido avisados por los del hospital, cumpliendo las reglas. Clark Borden escuchó mi historia y luego, una vez se hubieron ido los policías, comentamos sin testigos lo ocurrido.

—Les he dicho que no sé por qué me pegaron, tal vez por algún viejo asunto, alguna cuenta pendiente, ya se sabe que en esta profesión muchas veces te creas odios, rencores..., pero no fue por eso.

—¿Acaso por el caso de...?

—Me temo que sí.

—¡Oh, no!

—Hicieron algunos breves comentarios al respecto. No debo meter las narices donde no me llaman. Y en el único caso que he metido las narices últimamente es el tuyo.

—Pero, ¿qué hiciste?,

—Hablé con Alexandra Fenton y con Elaine Blyth.

—Te dije que fueras discreto.

—Eso procuré. Me hice pasar por el redactor del *Star Magazine*. Con Alexandra Fenton me salió estupendamente, pero con Elaine... —seguidamente le puse al corriente.

—¡Vaya inoportuno!

—Ni que lo digas.

—¿Crees que ella...?

—No me extrañaría.

—Hummm. Esto cada vez me gusta menos.

—Pues fíjate en mí.

—Lo siento, John. Yo correré con los gastos.

—Contaba con ello.

—Pero, ¿seguirás en el caso?

—No soy de los que se amedrentan fácilmente. Pasaré aquí la noche y la mañana como han ordenado los doctores. Por la tarde estaré otra vez en el tajo.

Y estuve, gracias a que no tenía ninguna costilla rota ni mi cerebro sufría lesiones graves.

No encontré a Elaine Blyth en su domicilio, ni tampoco en el bar restaurante del día anterior, así que opté por conseguir datos de ella visitando la productora para la que había trabajado regularmente durante su etapa de cine erótico.

Allí me recibió en un amplio despacho, muy confortable, un joven ejecutivo de elegante traje de chaqueta, con chaleco y corbata a juego, oliendo a masaje «after-shave» que tumbaba de espaldas.

—¿Elaine Blyth? Es cierto, estuvo trabajando para nosotros. Hizo media docena de películas...

—Me gustaría recoger algunos datos sobre ella. De dónde procedía, cómo la descubrieron...

—Oh, no hay mucho que contar al respecto. Estábamos buscando una nueva chica para el lanzamiento de una serie de determinadas películas, así que recurrimos a varios agentes artísticos que suelen colaborar con nosotros habitualmente. A Elaine Blyth la trajo Richard Ellis. En seguida la fichamos. Tenía encanto.

—Desde luego.

El joven ejecutivo sacó su cigarrera de oro y me ofreció un emboquillado.

Acepté, mientras él agregaba:

—Ya le digo, hizo unas seis películas en un par de años. Todo iba fenomenalmente bien, pero de pronto decidió dejarlo y no renovar el contrato. Incluso le llegamos a ofrecer más dinero, pero no quiso.

—¿Y sabe por qué lo dejó?

Encendió su cigarrillo, expulsó la primera bocanada de humo y entonces me contestó:

—Tenía otras ideas. Estaba cansada de este tipo de cine y quería probar con la revista, me parece. Richard Ellis le dijo que era una locura, que debía estar muy preparada para eso, pero no hizo caso.

—Ajá. ¿Qué vida llevaba ella por aquellas fechas?

—Muy alegre. Era una chica fácil, sin inhibiciones, que confraternizaba en seguida con todo el mundo.

—¿No tenía problemas?

—Que yo sepa, no. De todas formas, le aconsejo que hable con Richard Ellis. Es quien mejor la conoce.

Le di las gracias por su amabilidad al atenderme y me encaminé al despacho del agente artístico, sito en pleno Greenwich Village.

La antesala estaba repleta de gente joven, mujeres en su mayoría, que iban buscando una oportunidad. Le di una tarjeta comercial a la secretaria y le dije que era urgente.

—Lo siento, pero el señor Ellis está fuera. Si desea hablar con míster Hampton, uno de sus colaboradores...

—Prefiero hacerlo con él. ¿Cuándo estará?

—Ya no vendrá por la oficina hasta mañana por la mañana.

—¿No sabe dónde puedo localizarle?

—No, señor.

—¿Y su dirección particular?

—Tengo prohibido facilitarla.

Me fui de allí sin insistir más. Primero se me ocurrió consultar la guía telefónica, pero no constaba el tal Richard Ellis. Entonces decidí hablar nuevamente con el ejecutivo de la productora, el cual no tuvo inconveniente en darme la dirección del agente artístico.

Desgraciadamente, tanta molestia no sirvió para nada. Richard Ellis no estaba en casa.

—El señor Ellis vive solo y no acostumbra a cenar en casa —me informó el conserje, un hombre amigable, con ganas de pegar la hebra—. Además, es muy trasnochador.

Desistí de quedarme a esperarle. Cené sin mucho apetito en un restaurante barato y luego me encaminé hacia el Buick Theatre. Tenía deseos de conocer de una vez por todas el *show* de Elaine Blyth.

—¿Hay algo? —me preguntó Clark Borden cuando me presenté ante él para solicitarle una entrada gratis.

—Nada nuevo. ¿Ella está aquí?

—Sí. Dándose los últimos toques. Lo mejor será que nos separemos y no nos vean juntos. Está de mal humor.

Me dirigí a mi butaca. El tiempo fue corriendo y el telón no se alzaba, a pesar de haber superado la hora de comienzo. El público empezó a impacientarse, los rumores se elevaron, hubo silbidos...

Finalmente vi aparecer por un costado a Clark Borden, haciéndome señas. Me puse en pie y me acerqué a él, preocupado. Su rostro estaba pálido.

—¿Qué sucede?

—John... —balbuceó—. Ella... Elaine... está muerta...

CAPITULO IV

Se encontraba tirada en medio del camerino, semidesnuda, con su melena negra velándole buena parte del rostro. Era innegable que, a pesar de estar muerta, seguía teniendo encanto.

Luego, el director de escena le retiró la mata de pelo para mostrarnos el origen de la muerte y la patética mueca del rostro lo rompió todo.

Le habían pegado un tiro en la nuca, con la ayuda de un cojín agujereado que había no muy lejos de ella para amortiguar el ruido del disparo.

Clark Borden estaba consternado, al igual que el director de escena. Los dos se consultaron con la mirada. Finalmente el primero tomó las decisiones.

—Diga que se suspende la función y se reintegrará el importe de las localidades en taquilla. Luego, ocúpese de avisar a la policía.

—Sí, sí...

—Y no diga nada a nadie por el momento.

—Pero preguntarán por qué se suspende...

—Razones técnicas.

Clark Borden y yo nos quedamos solos con la muerta.

Mirar a Elaine Blyth era prácticamente lo mismo que mirar mi propio fracaso.

—¡John, menudo lío! —sacó un pañuelo Clark Borden y se lo pasó por el rostro.

—¿Nadie ha visto u oído algo? —pregunté.

—No he preguntado para no sembrar la alarma. De todas formas, si alguien hubiese escuchado algo raro, ya lo habría comunicado.

—¿Quién la descubrió?

—Forbes, el director de escena. Fue él quien entró para apremiarla. Y se encontró esto.

Eché otra mirada alrededor, pero no hallé nada significativo. Todo parecía en orden. No había signos de violencia, salvo el que ella portaba en la nuca. Nada parecía estar fuera de su sitio, salvo el cojín rojo. Llegué a la conclusión de que el asesino o los asesinos tenían que ser personas conocidas de ella, que le inspirasen algo de confianza.

Con la llegada de la policía ya no se pudo ocultar por más tiempo el suceso y el desfile de gente curiosa fue incesante, sobre todo por parte de los que trabajaban en el *show*. Menos mal que un par de uniformados se encargaron de cerrar el paso y hacer circular a la gente.

El encargado del caso era un teniente de la Brigada de Homicidios que respondía al nombre de Langtry. Un tipo robusto, de rostro avinagrado.

Hizo una serie de preguntas y en cuanto supo quién era yo y qué pintaba allí, me espetó:

—Usted ya sobra. Su caso terminó.

—El es mi cliente —repliqué, señalando a Borden.

El teniente miró al empresario.

—Vete, John —me dijo Clark Borden—, Ya hablaremos para cerrar la cuenta.

—De acuerdo.

Salí del camerino y fuera tropecé con Alexandra Fenton. Ella parecía muy impresionada, nerviosa, sin saber qué hacer con sus manos.

Se excitó aún más al verme.

—¡Usted aquí!

—Siempre detrás de la noticia —le sonreí.

—Debe... debe haber sido horrible.

—Sí. ¿Tiene algo que declarar, señorita Fenton?

—Nada.

Mi sonrisa se hizo más amiga.

—Ahora podrá conseguir el primer papel, ¿no?

—¿Qué tontería dice? —se enfadó, aunque estaba convencido de que ahora lamentaba la conversación que había tenido conmigo en su casa—. Espero que no publique eso. ¡Yo jamás mataría por un empleo!

—¿Y por odio?

—¡Tampoco! —exclamó, rotunda.

—Eso espero. ¿Sabe si algún compañero ha comentado algo sobre el suceso?

—No. Todos nos encontrábamos en nuestros respectivos camerinos. Nadie vio ni oyó nada.

—Gracias. Hasta otra.

Seguí caminando pensativamente y entonces me fijé en la pequeña puerta, casi disimulada.

—¿A dónde da? —le pregunté a un vejete que portaba una caja de bombillas.

—Al callejón.

—¿Está abierta?

—No. Digamos que es una salida de emergencia...

—Pero se podría abrir desde fuera sin mucho esfuerzo —musité, mordiéndome el labio inferior.

El vejete me miró fijamente.

—¿No pensará que por ahí ha entrado y salido el asesino? Tonterías

—sus pupilas brillaron—. Esto ha sido cosa de alguien de la compañía. Entre nosotros está el asesino. Seguro. Es como en las novelas de Agata Christie. ¿No se ha dado cuenta de la coincidencia: esta revista se titula *Christie*? ¿No es significativo?

—Sí. Y también que la tercera letra del nombre de la muerta sea una vocal «a», igual que en el caso de la célebre escritora. ¿Qué le parece?

El vejete se quedó con la boca abierta. Yo me dirigí hacia la puerta y probé a ver si se abría. Lo conseguí sin dificultad. Alguien se había olvidado de echar el pestillo por dentro... o bien alguien al salir no había tenido más remedio que dejarlo sin echar.

Efectivamente, tal como había dicho el vejete, la puerta daba a un callejón. Vacío y oscuro, poco confortable. No vi a nadie. Caminando unos cuantos pasos se llegaba hasta la calle principal.

—Bueno, ¿y por qué me preocupo de estas cosas? —me dije en voz alta—. Estoy fuera del caso. Ya se encargará de resolverlo la policía.

Me fui a casa, picoteé un poco en el frigorífico y me acosté. Con el amanecer desperté, pero como no tenía nada que hacer, decidí seguir en la cama, holgazaneando.

Finalmente tuve que saltar de ella porque el teléfono se puso a sonar.

—¿Sí? —pregunté con voz soñolienta.

—¡John! ¡Soy yo!

Era Clark Borden. Parecía agitado.

—¿Qué hay, Clark? ¿Ya quieres pagarme?

—¡Quiero que sigas con el asunto!

—Oye, pero si anoche...

—Han sucedido cosas.

—¿Qué cosas?

—La policía empieza a sospechar de mí.

Eso me despabiló por completo.

—¡Imposible! —exclamé.

—Sí, muchacho. Según el contrato que firmamos Elaine y yo, quedo como empresario absoluto de la obra. ¿Entiendes?

—Diablo.

—Esa chica debía andar metida en algún lío gordo. La policía se ha tomado mi sugerencia a la ligera. Piensa en la gente de dentro, sobre todo yo... y Alexandra Fenton.

—Sí. Es lo lógico.

—¡Pero yo no soy culpable!

—Tranquilo, Clark, No tengo nada que hacer, así que seguiré con el caso. En cierto modo me alegra, las costillas me siguen doliendo y mucho más cuando me pregunto la razón de la paliza. Ya te informaré.

Colgué, y luego consulté la hora. Aún era tiempo de visitar a Richard Ellis, el agente artístico.

Me asee y vestí rápidamente. Poco después llegaba al despacho. La noticia del asesinato ya había llegado hasta allí y pasé al interior en seguida.

Richard Ellis era un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, delgado, de rostro chupado y ojos hundidos, con más parecido a una calavera que a otra cosa. Para mejorar su aspecto vestía un atuendo deportivo, de colores chillones.

—Ya me he enterado de lo de Elaine, por supuesto que sí. Ha sido una sorpresa.

Había tomado asiento frente a él, ambos separados por su monumental mesa escritorio. Le observé detenidamente y llegué a la conclusión de que no parecía muy afectado.

—Tengo entendido que usted es su agente artístico...

—Era —rectificó.

—Bueno, claro, ella ha muerto —sonreí.

—No, no. Desde que abandonó el cine, dejé de serlo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

El hombre tomó un lapicero y jugueteó con él mientras me lo explicaba.

—Rompimos al no llegar a un acuerdo. Ella quería introducirse en la revista. Yo le dije que por el momento era una locura, tenía que estudiar canto y baile. Ahora tenía un cierto nombre en el cine erótico, podía continuar en él y entretanto prepararse para lo que quería. Ella dijo que no. Que daba el salto ya y se dejaba lo otro. Yo le contesté que no me responsabilizaba. Le di un par de días para pensárselo, para que lo meditara bien.

—¿Y? —pregunté aprovechando su pausa.

—Vino y me contestó que no sólo dejaba el cine erótico, sino que me dejaba también a mí.

—¡Vaya!

—Eso fue todo.

—¿Qué hizo?

—Lo acepté. Son gajes del oficio.

Richard Ellis abandonó el lapicero, encogiéndose de hombros.

—¿Eso quiere decir que no sabe nada de la actual vida de Elaine Blyth?

—Pues la verdad es que apenas nada. Supe que debutaba en el Buick Theatre con un *show* musical, como primera vedette. Pero hasta el momento no había podido ir a verla, y eso que tenía interés. El trabajo es abundante —me señaló todos los papeles que había sobre la mesa.

—Se asoció con Clark Borden —le informé—. ¿Le conoce?

—He oído hablar de él.

—Hay una cosa que me extraña de esa sociedad.

—¿Qué?

—¿Tenía ella tanto dinero?

—Humm —se pasó un dedo índice por debajo de la nariz—. Es raro, sí. Ella era muy derrochadora. Gustaba de vivir al día. Claro que también me extrañó mucho el paso que dio, dejándome.

—¿Hay alguna explicación a todo eso?

—Pues... por lo que me comentó en la despedida, puede haberla.

—¿Cuál?

Richard Ellis me respondió con un susurro:

—Un amante.

Aquello me interesó. Me acomodé mejor en la butaca y rogué que se explicase.

—Mire —empezó, entrelazando los dedos de las manos—, en este mundillo artístico, cuando una mujer tiene mucho encanto... o sexo, por hablar claro, y poco talento, su única salida es hacer valer lo primero. Estoy harto de encontrarme casos así. Ese tipo de mujeres bombardean constantemente los cerebros de los hombres del país desde el cine, la televisión y las revistas, siempre provocativas, sensuales, con ojos de gata en celo. Los pobres diablos deben conformarse con suspirar, soltar ordinariíces o masturbarse... y los otros, usted ya puede imaginarse a quiénes me refiero, los otros ejercen su poder para conseguirlas, sólo como capricho o pasatiempo. Y ellas se dejan, por supuesto. He ahí la clave de la extraña y súbita ascensión de algunas —sonrió amargamente—. Yo he sido intermediario de alguno de estos líos, señor Denver.

—Pero, ¿qué tiene que ver con el caso de Elaine?

—Muy sencillo. Ella me contó de pasada que si no estaba de acuerdo con su postura, otra persona le ayudaría. Y por lo que ha sucedido después, pienso que esa ayuda ha tenido que ser en metálico. No creo que Clark Borden la tomara por recomendación o presión...

Mentalmente estuve de acuerdo con él.

—¿Y quién puede ser ese caballo blanco?

Nuevamente se encogió de hombros.

—Ni idea. Trataba a mucha gente, asistía a multitud de fiestas, no me daba cuenta de sus devaneos... Los que pude captar todos fueron poco duraderos, con gente joven...

Se hizo un silencio que interrumpí con una pregunta:

—¿Cómo la conoció?

—Ella trabajaba en un grupo de teatro independiente. Hacía pequeños papeles, sin importancia. Yo la saqué de allí, vi en ella posibilidades. Pero no nos engañemos, posibilidades de hacer cine

erótico. Ella estuvo de acuerdo con mi proposición e iniciamos el camino juntos..., hasta la ruptura.

—¿Cuál es el nombre del grupo teatral ése?

—Esopo. Se sirve de jóvenes que empiezan, que quieren llegar a ser algo en el mundo del teatro. Suelen actuar al aire libre, en parques principalmente. Hay muchos grupos así y un hombre como yo ha de estar atento. De vez en cuando asisto a sus representaciones y observo. A veces se encuentra gente interesante.

—Me gustaría entrevistarme con los miembros de ese grupo. ¿Sabe dónde puedo localizarlos?

—Tienen una planta baja alquilada. Allí ensayan. Le apuntaré la dirección y también el nombre de su directora. Es una mujer joven y con ideas. Tal vez ella pueda proporcionarle más datos sobre los comienzos de Elaine. Realmente, yo sólo sé lo que ella quiso contarme: había abandonado su hogar, en un pueblo de Connecticut, trasladándose a la gran ciudad con el ánimo de triunfar, como tantas y tantas...

Mientras me explicaba esto, escribía rápidamente con el lapicero en un trozo de papel.

—De todas formas —agregó, al tiempo que contemplaba lo que había escrito—, no creo que en su pasado esté la clave del asunto. Por aquel entonces era una joven sencilla, simple, divertida, sin apenas relaciones con el mundo exterior. Precisamente empezó a salir del cascarón cuando se unió a mí...

—Pero usted no me puede aportar nada más, al parecer.

—No sé más. O mejor dicho, no sé a ciencia cierta. Y no quiero involucrar a amigos, gente conocida, en todo este turbio caso. ¿Usted lo comprende?

Al mismo tiempo que hacía la pregunta, alargaba una mano con el papel.

Lo tomé.

—Estoy cansado de encontrarme con situaciones parecidas —contesté.

—De todas formas, sepa que estoy a su disposición para cualquier consulta. Una chica como Elaine no se merecía una muerte así. Luego me alargó la mano y me acompañó hasta la puerta. Una despedida que también había experimentado muchas veces. La inmensa mayoría de las personas no tienen originalidad y sólo viven de frases hechas.

Salí de allí leyendo la nota. Lo que más me sorprendió fue el nombre de la mujer.

Margaret Syms.

¡Margaret! ¡Así se llamaba aquella mujer que discutía con Elaine

Blyth en el bar restaurante!
¿Sería la misma?

CAPITULO V

Era la misma.

Había entrado en la espaciosa planta baja sin ningún problema, pues la puerta estaba entreabierta y nadie me cortó el paso, y en seguida me fijé en ella. Ahora poseía un aire muy distinto al del bar restaurante. Vestía una falda azul que le llegaba por los tobillos y una blusa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Su rostro estaba algo arrojado por la excitación que la embargaba.

Iba de un lado a otro, por delante del entarimado donde se encontraban los actores, con varios papeles en la mano, impartiendo órdenes.

—¡Ritchie, no es así...!

No continuó haciendo más indicaciones porque se dio cuenta de que los otros tenían la mirada fija en donde yo me hallaba. Entonces se percató de mi presencia.

—¿Quién es usted?

Ni me recordaba.

—Me llamo John Denver.

—¿Cobrador del Municipio? Lo siento, tendrán que esperar. Aún no tenemos el dinero.

—Se equivoca.

Dio unos pasos hacia mí, preguntando:

—¿Entonces...?

—Soy detective privado.

Su ceja derecha se arqueó. Me miró con mayor detenimiento e inquirió:

—¿Ocurre algo con nosotros?

—Supongo que usted es Margaret Syms.

—En efecto.

Los ocho actores que componían el grupo Esopo —tres chicas y cinco chicos— ya se habían acercado a nosotros, curiosos.

—Quiero hablar con usted —dije.

—¿De qué?

—Elaine Blyth.

—¿Elaine?

No me dio la impresión de que hasta ellos hubiera llegado la trágica noticia.

—Tengo entendido que ella comenzó aquí.

—Así es. ¿Qué pasa? ¿Le ha enviado ella para comprobar nuestro mal momento? Si es así, puede observarlo. Incluso le puedo enseñar los libros de cuentas y...

—No quiero hablar de eso —la interrumpí—. Hay algo mucho más grave.

El rostro de ella se ensombreció.

—No me gustan las adivinanzas. Dígalo ya.

—Elaine Blyth murió asesinada anoche.

Hubo un murmullo de sorpresa. Todas las caras se alargaron. La voz de uno de los jóvenes se elevó por encima de la de los demás:

—¡Elaine..., muerta!

Era un muchacho espigado, bien parecido, moreno. Dio un paso al frente y añadió:

—¡No puede ser!

—Desgraciadamente lo es. Muerta. Asesinada.

Lo remaché mirando a la mujer. Ella agitó nerviosamente los papeles que llevaba en las manos y dijo:

—Será mejor que suspendamos el ensayo. ¡Muchachos, basta por hoy!

Todos se fueron retirando, excepto el joven espigado, que permaneció junto a ella.

—Me gustaría hablar con ellos...

—Ninguno tuvo relación directa con Elaine. Sólo la habían oído nombrar. La gente se marcha pronto de aquí, en cuanto les hacen una mínima oferta. Sólo Edward Lane ha permanecido fiel, es mi ayudante y colaborador. Entre los dos sacamos adelante todo esto.

—¿Cómo ha sido? —me preguntó él.

Les hice una somera explicación mientras los otros recogían sus cosas y comenzaban a marcharse.

—Espantoso —comentó Margaret Symes. El otro permaneció silencioso, como muy dolido.

A continuación ella me hizo una indicación para que me sentara sobre una caja de madera. Ellos hicieron lo mismo sobre otras.

—¿Y por qué se ocupa usted y no la policía?

—La policía posiblemente no tarde mucho en aparecer. A mí me ha contratado un amigo que puede verse implicado en el caso y quiere que averigüe la verdad.

—Pues... nosotros no sabemos nada.

Recordé lo del bar restaurante, pero lo dejé pasar por el momento.

—Me gustaría saber cómo llegó Elaine Blyth aquí.

—Bueno, ella venía de su pueblo con mucha ilusión. Contacto precisamente con Edward en el Corinto, un bar que solemos frecuentar, ¿no es así, Edward?

El joven tomó la palabra con aire nostálgico.

—Sí. Aún me parece estar viéndola junto a una mesa, con la maleta a sus pies. Estaba bastante asustada y bebía .un whisky,

según me confesó después para darse ánimos. Yo me acerqué a ella y entablé conversación. Se encontraba sola, en busca de trabajo. Pensé que podía servir para nuestro grupo, así que le hice una oferta y aceptó de inmediato.

Edward Lane hizo una pausa. Por su forma de hablar llegué a la conclusión de que el joven había sentido algo más que afecto por Elaine Blyth.

—Al principio no hizo grandes papeles —prosiguió—. Luego, precisamente cuando cogió más confianza e iba para arriba, apareció Richard Ellis y la convenció para que se integrara en su cuadrada.

Edward Lane terminó con un resignado encogimiento de hombros.

—¿Cómo se comportó durante su estancia con ustedes?

—Normalmente —respondió él.

—Era una joven con muchas ganas de triunfar —contestó ella—. Lo que le faltaba de talento lo suplía con fuerza de voluntad y ambición.

—¿Tenía amigos aquí, en New York?

—Que yo sepa, salvo nosotros...

—Yo tuve bastante relación con ella durante ese tiempo —reconoció el joven—. Nos unió una buena amistad. Ella estaba sola aquí. Luego, cuando pasó a depender de Richard Ellis, continué viéndola una temporada, pero entonces ya hizo otras amistades y comenzó a alejarse, dedicándose a la vida social del mundillo del cine. Al parecer, quería conocer gente importante que pudiera promocionarla. Creo que debería preguntarle a él, a Richard Ellis.

—Ya he hablado con ese hombre. Elaine Blyth le dejó para iniciar otro rumbo en su carrera. Supongo que ustedes deben saber esto...

—Sí —asintió ella—. Ahora hacía revista musical, en el Buick Theatre.

—¿Qué relación tenían actualmente con Elaine Blyth?

Los dos se consultaron primeramente con la mirada. Luego tomó la palabra la mujer:

—Bueno, la habíamos visto últimamente. La situación que atravesamos no es muy boyante, nos hace falta dinero para seguir adelante. Así que pensamos en Elaine. Mejor dicho, Edward pensó en ella.

—¿Por qué?

—¡Hombre! —exclamó el joven como si debiera ya comprenderlo—. Tenía noticias de su ascenso, su protagonismo en el *show* musical, lo había visto anunciado en el periódico. Pensé que debía haber conseguido una buena posición, al menos económica, y nos

podría echar una mano. Precisamente fui yo el primero en ir a verla. Creía que me seguiría teniendo algún afecto de antaño y que la convencería para que nos ayudara.

—¿Y qué pasó?

Hizo una mueca.

—No logré nada. Me encontré con una Elaine muy cambiada. muy egoísta, muy ambiciosa. Ya ni se acordaba de nosotros. Casi me trató como un desconocido.

—¿Eso fue todo entre ella y usted?

Edward Lane me aguantó la mirada.

—Sí —respondió.

—Entonces fue cuando entré en escena yo —terció la mujer.

La miré.

—¿Dónde? —pregunté. Ahora se acercaba un instante decisivo. Podía cogerla en falta.

—Quedamos citadas en el Corinto —respondió, y no sé por qué sentí un alivio—. ¿Lo conoce?

—Sí.

—Allí tomamos unas copas y charlamos, pero sin ningún resultado positivo. Lo que había dicho anteriormente Edward es cierto. Estaba muy cambiada, subida en un pedestal creado por ella misma. No era la Elaine del grupo Esopo.

—Ya.

—Y no hay más que contar —agregó Margaret Syms—. La siguiente vez que hemos sabido de ella ha sido por boca de usted. Era el final de la conversación, al que había llegado sin aclarar nada. Me puse en pie un poco desilusionado. Los otros me imitaron y nos encaminamos hacia la salida. Margaret Syms se entretuvo cerrando la puerta. Edward Lane miró hacia la calle y exclamó:

—¡Adiós! ¡Ahí está mi autobús!

Se alejó corriendo, llegando a tiempo de agarrarse del estribo.

—¿Tiene usted coche? —le pregunté a ella.

—No. Vivo cerca de aquí. Voy y vengo paseando, así hago ejercicio.

—La llevaré.

—Gracias.

Al iniciar la marcha, dos hombres nos cortaron el paso. Mis viejos amigos de paliza.

—Abra de nuevo, encanto —ordenó el de mediana estatura, exhibiendo su inseparable pistola.

CAPITULO VI

Margaret Syms, muy asustada, sin comprender lo que sucedía, abrió de nuevo y pasamos al interior.

El tipo de la pistola no cesó de apuntarnos con ella. Su compinche se ocupó de cerrar la puerta y echarle un vistazo al lugar. Cuando se dio por satisfecho, vino hacia, el otro y soltó un gruñido.

—Bien, Conan, podemos empezar —exclamó el de la pistola.

Conan era el alto y bien parecido. Vino hacia nosotros y le dijo a Margaret:

—Usted, retírese y siéntese ahí.

Con la mirada le señaló una caja vacía. Margaret Syms vaciló, sus ojos clavados en mí, interrogándome mudamente por todo aquello.

El tal Conan, impaciente, le dio un empujón y la envió al sitio que quería.

Margaret Syms quedó allí acurrucada, temerosa. Le envié una mirada de aliento.

Conan, de pronto, me lanzó una patada a los genitales, cogiéndome totalmente de sorpresa, el muy bastardo. No pude evitar un gemido de dolor.

—Muchacho, te dijimos que no metieras las narices donde no te llamaban.

Yo no repliqué. Me moría.

Conan dio un paso más hacia mí y me atizó en el estómago, una, dos, tres veces, como si me lo quisiera sacar por la espalda. Finalmente consiguió que me doblara como un muñeco. Por el rabillo del ojo observé que el otro me seguía apuntando con la pistola. Así pues, un movimiento tonto y era automáticamente cadáver.

No pude ver mucho más porque entonces Conan me cazó con un gancho y me hizo morder el polvo.

Me revolqué por el suelo como un gusano baboso, pensando que aquél iba a ser mi final.

—¡Por favor, basta...! —gritó de repente Margaret Syms. Me la imaginé horrorizada, pues tenía la vista nublada y además me sentía incapaz de levantar la cabeza.

—¡Quieta, nena! —le oí al tipo de la pistola—. Tiene razón, Conan. Es suficiente... por el momento.

Conan llegó hasta mí y me tomó por los cabellos. Le miré con la boca muy abierta.

—Sí. creo que está blando —sonrió con suficiencia, orgulloso

de su «trabajo».

Aún me quedaron arrestos para lanzarle un escupitajo que le dio en pleno rostro.

—¡Imbécil! —se encolerizó, arreándome con ganas—, ¡Hijo de perra!

—¡Tú. déjalo!

Conan obedeció para alivio mío. Pero continuó sosteniéndome la cabeza.

—Bien, bastardo, pesquisa de alcantarilla, vamos a empezar a hablar. Y procura decir la verdad porque si no, lo que ha sucedido hasta ahora no será nada...

—Al grano —apremió el de la voz cantante, el corpulento de la pistola.

—Sí —me miró fijamente Conan—. Dinos qué hiciste con los documentos de Elaine Blyth.

La pregunta me dejó aún más paralizado, perplejo, total mente asombrado. Fui incapaz de articular palabra y eso me valió otro mandoble.

—¡Habla! —exigió Conan.

—A lo mejor se ha quedado idiota de tanto zurrarle —bromeó el de la pistola.

—Veamos —resopló Conan, como armándose de infinita paciencia—. ¿Qué has hecho con los documentos que tenía Elaine Blyth? ¿Dónde están?

Hice un esfuerzo para balbucear:

—No sé de... qué habla...

La faz de Conan se contrajo.

—¿Le atizo?

—Espera —intercedió el de la pistola—. Será mejor que vayamos por partes.

El corpulento dio unos cuantos pasos para acercarse a nosotros. Me dedicó una mueca poco agradable y me preguntó:

—Tú eres John Denver, un sabueso, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—E ibas tras Elaine Blyth.

Nuevo asentimiento.

—Vas muy bien, muchacho —me animó—. Tú estabas interesado en el comportamiento de ella, ¿verdad que sí?

—Sí...

—Y empezaste a meter la nariz.

—Sí...

—¿Por orden de quién?

Ahora me callé.

—¿Por orden de quién? —volvió a preguntar, pasándome el

cañón de la pistola por los labios, con tan mala fortuna que me rasgó el inferior.

—Secreto... profesional... —dije entonces, sintiendo que una caliente gotita de sangre resbalaba por mi barbilla.

La mano de le escapó al alto y el labio acabó por estallar y produjo un manantial.

—¿Quieres que te destrocemos? —preguntó el de la pistola.

—Clark Borden —fue mi respuesta, mientras apreciaba el sabor acre de la sangre, de mi propia sangre.

—Ese es el empresario, ¿no?

Asentí con una cabezada,

—¿Por qué te contrató?

—Estaba interesado y preocupado por lo que ocurría en torno a Elaine Blyth...

—Ajá.

—Y averiguaste demasiado —agregó el corpulento—, tanto que la mataste para robarle y hacer el negocio por tu cuenta y riesgo.

—¡No!

A Conan se le volvió a escapar la mano.

—Pero, ¿es que quieres que te ponga la cara del revés, desgraciado?

—¿Dónde están los documentos de Elaine? —insistió el otro, amenazándome con la pistola.

—¡No sé... nada...!

Los dos se consultaron con la mirada.

—Habrá que romperle algo, un brazo.-..

—Este tipo es duro de roer.

—¿Entonces?

El corpulento miró hacia la silenciosa y asustada Margaret Symms.

—La chica —dijo, con maligna sonrisa.

—¿Qué?

—La chica —repitió—. El sabueso soltará la lengua en cuanto le pongamos la mano encima a ella.

Conan soltó una risita que me estremeció. Luego le vi caminar hacia la mujer, sin poder hacer nada porque el otro no cesaba de vigilarme con su maldita pistola.

Ella se puso en pie, asustada, pues hasta sus oídos debían haber llegado las palabras de los matones. Retrocedió, pero Conan era mucho más rápido y ágil. No necesitó mucho tiempo para acorralarla y atraparla.

Durante unos instantes observé impotente cómo forcejeaban. mientras el corpulento sonreía divertido. Al final se impuso la fuerza del hombre, que le hizo una presa y la obligó a caminar

hasta nosotros.

Yo me encontraba de rodillas, completamente hecho cisco. Mis posibilidades de salir con bien de ésta eran casi nulas, pues mis facultades físicas se reducían a cero.

Conan me miró fieramente sin soltar su presa.

—Bueno, ¿vas a hablar... o quieres que empiece a divertirme con ella?

Apreté los labios, enrabiado. ¿Qué podía contarles si nada sabía? El rostro de Margaret Symms era terror puro. Unas finas gotitas de sudor comenzaban a perlado. Quise explicárselo con la mirada, que ella comprendiera.

Conan le alzó la falda y le sobó un muslo.

—Fíjate qué piernas tiene —rió—. Y qué calentita está conforme subo...

—¡Malditos! —rugí con un tremendo esfuerzo—, ¡Dejadla! ¡No sé nada!

—Los dos vais a acabar muy mal —dijo el de la pistola.

—Fue... fue una verdadera sorpresa para mí... la muerte de Elaine Blyth... —seguí haciendo grandes esfuerzos para hablar—. Ni siquiera llegué a... averiguar en qué negocio andaba metida... ¡Es la verdad!

El de la pistola se encogió de hombros y ordenó:

—Anda, Conan, que nos muestre los pechos. Da la impresión de que tiene dos buenas tetas.

Conan no se hizo repetir la orden. Le pegó un zarpazo a la blusa de la mujer. Ella chilló. No llevaba sujetador y sus gemelas redondeces quedaron al descubierto, hermosas y firmes. Margaret Symms gritó aún cuando el hombre le pasó la mano, y mis dientes rechinaron como nunca antes.

—Como tardes, aquí puede ocurrir de todo. Una mujer así caliente a cualquiera.

¿Qué podía hacer? ¿Inventar una historia? La mirada de Margaret era patética, angustiada. La mirada de una mujer que estaba sufriendo la más vergonzosa humillación de su vida.

Fue lo que me llevó a reaccionar de una forma ¡nominada, suicida, abalanzándome sobre el cerdo de Conan.

Y sonó un disparo.

CAPITULO VII

El que había hecho fuego era el corpulento cuyo nombre me era hasta el momento desconocido. Pero para ese entonces yo ya había atrapado a Conan y me servía de escudo protector, mientras Margaret Syms se lanzaba al suelo, atemorizada, alejándose a gatas.

La bala le dio en el pecho a Conan y en seguida noté cómo dejaba de ofrecer resistencia.

Mi mano derecha se hundió en el bolsillo de su chaqueta, buscando un arma. ¡El también debía llevar pistola!

El otro hizo un nuevo disparo, que también encajó su compinche. Conan se convirtió por completo en un peso muerto, mis fuerzas me fallaron y los dos trastabillamos hacia atrás, cayendo finalmente.

Para ese instante, yo ya había encontrado la pistola de Conan y le podía dar la respuesta al otro.

Estaba totalmente al descubierto. La bala le alcanzó en la cabeza y lo dejó quieto como una estatua durante unos breves segundos, mientras su faz se convertía en una horrenda máscara roja. Luego, se derrumbó sin proferir un gemido.

Aliviado, solté definitivamente a Conan. Intenté ponerme en pie, pero las piernas no me respondían. El mareo se apoderó de mí. Todo comenzó a dar vueltas. Vi a Margaret Syms venir hacia mí, gateando por el suelo, por el techo, por las paredes..., con su rostro de horror y su blusa semidestrozada.

—¿Cómo se encuentra?

Hice una mueca.

Ella me pasó una mano por la frente, acariciadora. La vi doble, triple, y luego otra vez comenzó a dar vueltas. Por fin la perdí de vista y no supe nada de las cosas de este mundo.

Cuando recobré el conocimiento, recordé al instante por el olor a pólvora que todavía permanecía en el lugar y que impregnaba mis fosas nasales.

Encontré a Margaret Syms vestida con otra blusa, junto a mí. Acababa de retirar un pañuelo mojado de mi frente.

—¿Está mejor?

—Creo... que sí...

Al menos ahora la veía bien. Con mucho esfuerzo logré incorporarme. Ella me ayudó y me acompañó durante los primeros pasos, como si fuera un niño recién nacido.

Los muertos seguían en su sitio.

—¿Ha avisado a la policía?

—Ni siquiera pensé en eso. Me procuré una blusa nueva del vestuario que tenemos en esos baúles. Por otro lado, estaba preocupada por usted.

—Gracias.

—No hay de qué. Si no llega a ser por usted... no quiero ni pensarlo.

—Es mejor olvidarlo. Veamos...

Me acerqué a los muertos y comencé a registrarlos. No llevaban ninguna identificación encima, sólo tonterías como tabaco, encendedor, llavero, goma de mascar, pañuelo... Los abandoné, desalentado.

Margaret Syms me miró con fijeza.

—¿Qué vamos a hacer?

Me lo pensé durante unos instantes y luego respondí:

—Para que ninguno de los dos tenga problemas lo mejor será que los saquemos de aquí.

—Nos verán.

—Esperaremos a que anochezca. Yo no tengo prisa y sólo tengo ganas de estar tumbado.

Ella no puso ningún reparo, pero prefirió quedarse de pie, paseando. El nerviosismo no la había abandonado.

—¿Qué explicación tiene todo esto, señor Denver? —me preguntó.

—Puede hablarme de tú. Mi nombre es John.

—De acuerdo, John. Y espero que haya reciprocidad.

—Seguro —la sonreí—. Te aconsejo que tomes asiento y te tranquilices.

—No podría estar sentada. Dime, ¿qué más sabes del asunto de Elaine?

—Bueno, la sospecha se confirma. Elaine Blyth debía andar metida en un feo negocio, pero no tengo idea de cuál podía ser. Por lo que ellos han hablado —señalé a los muertos—, cabe la posibilidad de que trabajaran juntos en el negocio, incluso así se explica por qué me golpearon anteriormente, en mi oficina, ella se chivó... Pero alguien se les adelantó, mató a Elaine y robó esos documentos.

—¿Qué documentos?

—Ojalá lo supiera.

—Nunca hubiera imaginado que Elaine anduviera metida en líos con... con gente así.

—Debió cambiar bastante.

—La ambición, a veces, no es buena consejera. Hay que reconocer que ella siempre fue muy ambiciosa.

—Tal vez... —dije, pensativo—, tal vez de este feo negocio que se

llevaba entre manos salga la explicación del dinero que utilizó para asociarse con Clark Borden.

—Si.

—Pero eso puede dejar fuera de lugar al posible amante.

—¿A qué te refieres?

Le conté la sospecha aportada por Richard Ellis.

—Pudiera ser... —se limitó a comentar.

El resto del tiempo lo pasamos en silencio, cada uno con sus propios pensamientos. Al anochecer, me asomé a la calle y comprobé que apenas había tráfico peatonal. Caminé hacia mi coche, lo puse en marcha y lo traje hasta la misma puerta, dejándolo con el portamaletas abierto.

Primero sacamos al corpulento, al cual colocamos, todo arrugado, en el interior del portamaletas, cerrándolo seguidamente. El otro, Conan, fue a parar al asiento trasero, donde quedó como un pasajero amodorrado.

Yo permanecí al volante, esperando impaciente a Margaret, la cual se entretenía limpiando los últimos restos de sangre. Luego, durante el camino, ella me preguntó, todavía inquieta, nerviosa:

—¿Crees que es correcto lo que estamos haciendo?

—No mucho —sonreí.

—Hummm...

—Calma. Nada pasará. Esta gentuza no la reclamará nadie y seguro que la policía no se tomará muchas molestias en averiguar qué ha sucedido.

Los dejamos a las afueras de la ciudad, a la intemperie, con sus pistolas, una vez les limpié las huellas con un pañuelo. Seguro que los de Homicidios se volverían locos.

—¿Te dejo en casa?

Ella me miró algo suplicante, susurrando:

—Tengo miedo.

—Si quieres, vente a la mía.

—A ti te conocen. Tal vez te vigilen otros...

—Tienes razón —asentí, preocupado por esa posibilidad—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ven a mi casa.

Había detenido el coche en un semáforo en rojo y aproveché para encerrarla de nuevo.

—¿Qué dices?

Me sentí incapaz de negarme, así que fuimos a su apartamento, sito cerca de donde se había desarrollado la pelea. Era un lugar pequeño y confortable, aseado, en el cual se notaba la inevitable mano de una mujer, al compararlo con mi agujero, sentí algo así como envidia.

Nada más vi el largo sofá del *living*, me tumbé en él, estirando las piernas.

—Con tu permiso...

Ella me sonrió, más serena.

—¿Quieres tomar algo?

—Mmm...

—¿Preparo una cena ligera?

—Creo que la vomitaría. ¿Tienes whisky?

—Sí.

Trajo una botella y dos copas. Sirvió, comentando:

—A los dos nos vendrá bien.

Solté un gruñido de asentimiento. La primera copa me la bebí de un solo trago. La segunda ya la paladeé con más paciencia. El alcohol me reanimó un poco.

—¿Puedo usar el teléfono? —le pregunté.

—Por supuesto.

Alargué una mano y descolgué el auricular. Luego marqué un número que me sabía de memoria y que correspondía a los billares de Sharkey.

—¿Sí? —me dijeron al otro lado del hilo telefónico.

—Busco a Kelvin.

—Un momento.

Se fueron a buscarlo mientras yo apuraba la copa. Ella se acercó a mí y la volvió a llenar.

—¡Diga!

—Soy John Denver.

—Oh, muchacho. ¿Qué hay? ¿Cómo te fue con la chica aquella?

—Muy bien —le solté una risita de hiena—. Mañana la entierran.

—¡Eh!

—Me la hiciste buena, bastardo. A la chica se la han trincado y a mí me han dado ya un par de palizas de órdago.

—John, muchacho... —gimió.

—Olvida al muchacho y atiende bien. Necesito tu ayuda, quiero que muevas el culo y no pares en toda la noche... si es que deseas congraciarte conmigo.

—Muchacho, no te pongas así...

—Quiero saber sobre dos fulanos, uno alto, moreno, bien parecido, el otro corpulento, de mediana estatura, rostro afilado. Ambos frisarán los treinta y cinco años. El primero responde al nombre de Conan. Al parecer, trabajan como matones. Para el amanecer quiero la información.

—Oye, corres demasiado...

—Mi teléfono es el PL-4587 —leí—. Procura cumplir..., muchacho.

Le colgué antes de que dijera algo más. Margaret Symms continuaba junto a mí, bebiendo a sorbitos. Nos quedamos mirando unos instantes y finalmente ella preguntó, por encima, del borde del vaso:

—¿Te encuentras ya bien?

—Ajá. Este whisky es de los buenos, de los que resucitan a un muerto. Si me lo hubieran dado en el hospital el otro día, me habría repuesto en seguida.

Ella lanzó una carcajada. Parecía encontrarse mucho más animada.

Así se lo comenté, y sonrió.

—Me encuentro segura a tu lado —dijo, acercándose más a mí y depositando su cabeza sobre uno de mis hombros. Giré el rostro y mis labios besaron sus sedosos cabellos dorados.

Sin saber exactamente cómo, las cosas se fueron complicando. Nos olvidamos del whisky, del asunto que nos había unido, de cuanto nos rodeaba... y sólo nos preocupamos de nosotros mismos, de que nuestros cuerpos lastimados por el castigo físico o la tensión psíquica recibieran un reparador bálsamo de placer.

Ni siquiera realizamos el ayuntamiento carnal. Todo fue suave, acariciador, tanto que acabamos sumidos en un glorioso sueño allí mismo, sobre el largo sofá, uno encima de otro, completamente reconfortados.

Sólo el teléfono fue capaz de devolvernos a !a vida. La luz del día ya se filtraba por la ventana.

Ella tenía el aparato más a mano y lo descolgó, hablando con voz somnolienta:

—Dígame.

—...

—Ahora se pone. Un momento, por favor —separó el auricular de su oreja y me lo entregó—. Es para ti.

—¿Quién?

—Un tal Kelvin.

Ni me acordaba de él. Atrapé el aparato, ya con la ansiedad de la vida cotidiana.

—¿Qué hay?

Kelvin soltó una de sus risitas características.

—¿Otro ligue, muchacho?

—Al grano —dije secamente.

El otro entendió que no estaba para bromas y pasó a informarme.

—Has tenido suerte, pero según cómo se mire.

Arqueé una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sé quiénes son esos fulanos, Conan y el otro, que se

llama Burke. Pero si tienes un lío con ellos, lo siento por ti, muchacho.

Me estaba empezando a preocupar, el muy maldito. Ni siquiera sentía ya a Margaret.

—¿Por qué?

—Porque son dos pájaros de cuidado y no de los que actúan por libre.

—Eso es precisamente lo que quiero saber. Para quién trabajan.

—Agárrate. Pertenecen ni más ni menos que a la nómina de James Loomis, la mano derecha de Carter Blake, uno de los posibles jefazos del Sindicato.

CAPITULO VIII

—¡El Sindicato! —exclamé, sorprendido y preocupado a la vez. ¿Qué podía tener que ver el Sindicato con el asunto de Elaine Blyth?

—Sí, muchacho.

—¿Es seguro?

—Oye, ¿acaso dudas de mis fuentes de información? —se molestó

—. Está confirmado, muchacho. Y puedo decirte algo más: lleva mucho cuidado.

—No te preocupes.

—Ultimamente están muy nerviosos. Alguien la puede pagar como desahogo.

—¿Por qué?

—He recibido algunas filtraciones al respecto. Parece ser que Carter Blake se encuentra en la picota.

—Explícate mejor —le pedí, pensando que sería bueno saber cuanto acontecía alrededor de esas personas que habían demostrado interés por mí y por el caso Blyth.

—Esto no está confirmado, pero ya se sabe que el rumor es la antesala de la noticia... Al parecer, los de la oficina del fiscal del distrito se han tomado muy a pecho «cazar» a Carter Blake y están preparando un amplio dossier para meterle mano. La caída se vaticina como inminente. El fiscal Lionel Cooper es un hombre con ambición política y piensa que si atrapa a Carter Blake se apuntará un gran tanto. Por su parte, Carter Blake anda a la desesperada.

—Ajá —musité, meditando sobre cuanto acababa de escuchar de labios de Kelvin.

—¿No tendrás que ver con ello?

—No —respondí sin mucha convicción.

—Mmm... Te aviso que andan cerrando bocas como locos. Si te has metido en líos con ellos, mejor tómate unas vacaciones, hasta ver cómo se resuelve lo de Carter Blake.

—Me lo pensaré.

—Hazme caso, muchacho. Con esa gente no se juega. No digas que no te lo avisé.

—Gracias, Kelvin. De todas formas, sigue atento al tema. Tal vez me interese más información.

Kelvin soltó un bufido, agregando:

—Estás loco.

—Hasta luego.

Colgué. Seguidamente me encaré a Margaret, la cual me miraba

con el entrecejo fruncido, en señal de evidente preocupación.

—He escuchado algunas cosas —dijo—. ¿Qué ocurre con el Sindicato?

La puse al corriente.

—¡Oh, no! —exclamó palideciendo ligeramente.

—Como verás, esto se complica.

—¿Qué explicación le encuentras al caso?

—Es difícil...

Algunas ideas me rondaban por la cabeza, pero preferí no comentarlas porque no estaba nada seguro.

—Creo que debemos avisar a la policía. John.

—Aún no.

—El Sindicato puede insistir, tiene muchos hombres a su servicio. Nuestras vidas corren peligro.

—Antes he de hablar con mi cliente. No te preocupes. Nada pasará. Confía en mí.

—Tengo miedo —susurró, pegándose a mi cuerpo.

Su contacto me electrizó. Intentando tranquilizarla, nuestro contacto se hizo más íntimo, y ahora todo fue definitivo, gozoso, espléndido.

Me costó mucho separarme de ella. Lo hice para telefonear a mi cliente.

—¿Clark?

—Ah, hola, John —me reconoció al momento—. ¿Tienes alguna novedad?

Le di cuenta de los últimos acontecimientos rápidamente. Por su forma de comportarse durante la exposición de los hechos adiviné que no se sorprendía mucho.

—Esto se está poniendo cada vez más peligroso —dije como remate final.

—Yo sí tengo noticias.

—¿De qué se trata?

—Los de la oficina del fiscal del distrito estuvieron aquí haciendo preguntas.

—Hum. Eso ya establece una clara conexión —comenté. Ahora comprendía por qué no se había extrañado mucho de mis novedades.

—Al parecer están interesados en el caso de Elaine.

—¿Dijeron algo en especial?

—No soltaron prenda.

—Esto no me gusta nada.

—Procura estar alerta, John. Como se encuentran en permanente contacto con el teniente Langtry de la Brigada de Homicidios, imagino que se habrán enterado de tu participación en el caso, y

no me extrañaría que te visitaran.

—No les he visto.

—Tal vez no tarden.

—Bueno, la verdad es que no he estado en mi apartamento ni en la oficina. A lo mejor ya han ido por allí.

—¿Seguirás con el asunto?

—Si tú quieres...

—Quiero.

—*Okay.*

Cuando colgué. Margaret ya había terminado de arreglarse las ropas.

—¿Qué? —me preguntó.

Le expliqué mis planes. No le hicieron ninguna gracia porque compuso un mohín de disgusto.

—Deja a esa gente —rogó.

—Si quiero seguir adelante, no tengo más remedio que intentar contactar con Loomis o Blake. Supongo que será más accesible el primero.

—¡John! —se echó a mis brazos.

—¿Qué te ocurre? —le acaricié sus dorados cabellos.

—No quiero que te pase nada. Esto es cosa de la policía, de los hombres del fiscal...

—No, no voy a dejarlo. No insistas.

—Está bien —se separó, algo malhumorada—. Yo iré a continuar con los ensayos de mi grupo. Espero que me tengas al corriente...

—Seguro, mujer —me acerqué a ella y la besé—. Me apuntaré tu teléfono.

Ella me miró con ojos cariñosos.

—Eres un testarudo.

La sonreí, luego la tomé del brazo y los dos salimos del apartamento. Después de observar si había moscones a la vista, subimos a mi auto y partimos. Di un par de vueltas a lo loco y comprobé que nadie nos seguía. Poco después la dejaba en el lugar de ensayos.

—Cuídate. John.

Le di otro beso, alejándome con el sabor de sus carnosos labios. Tenía proyectado visitar personalmente a Kelvin para obtener más datos sobre los personajes que me interesaban, pero antes me dejé caer por mi oficina, por si hubiera algún recado importante.

Lo encontré en forma de sujeto alto y desgarrado, de unos treinta y cinco años, envuelto en una gris gabardina. Su rostro presentaba un marcado gesto de aburrimiento y a su alrededor vi un puñado de colillas.

—¿John Denver?

—Sí —respondí, poniéndome en guardia. Por un momento pensé en otro matón.

—Soy Clayton, de la oficina del fiscal del distrito —me mostró su identificación—. Haga el favor de venir conmigo.

Durante unos instantes no dije nada e hice como que observaba con detenimiento el carnet. Clark Borden ya me había avisado, no me cogía de sorpresa, pero sí era para meditarlo un poco. Finalmente consideré que la propuesta no era desdeñable, tal vez pudiera ahondar en el asunto.

—Primeramente he de consultar mis cosas.

—No tarde.

No tardé. Media hora después me encontraba ante un hombre de mediana estatura, de complexión pícnica y su ya medio siglo de existencia. Presentaba una cabellera entrecana, con profundas entradas a los lados, ojos abultados y nariz aguileña. Era Lionel Cooper, el fiscal del distrito.

—Siéntese, Denver —me invitó, tras las presentaciones y saludos de rigor.

Obedecí mientras aún pensaba qué bazas debía jugar.

—Bien —exclamó el fiscal del distrito, permaneciendo en pie—. Nos ha costado mucho trabajo y tiempo dar con usted. ¿Dónde se había metido en las últimas horas?

—Trabajando.

—Lionel Cooper me miró con fijeza.

—¿El caso de Elaine Blyth?

Asentí con la cabeza.

—Mmmm... —dijo unos cuantos pasos, para luego encararme de nuevo y preguntar—: Usted fue contratado por Clark Borden, el empresario teatral, ¿no?

—En efecto.

—¿Y qué ha averiguado?

Forcé una sonrisa.

—Comprenda que me debo a mi cliente —dije con suavidad, no queriendo ser grosero.

Sus ojos grises centellearon.

—Este es un serio asunto, Denver. Hay en juego muchas cosas. Quiero que lo entienda bien —me señaló con un dedo índice, acusador.

—Si me lo explica...

—Lionel Cooper me observó dubitativo.

—¿Le parece que intercambiamos información? —propuso de repente—. Supongo que en esto también practicaré el secreto de profesión.

—Sí.

—E imagino que usted está del lado de la ley, ¿no?

Compuse un gesto ambiguo.

El fiscal lo aceptó e inquirió:

—¿Ha oído hablar de Carter Blake?

No pude evitar un ligero respingo. No sólo me sorprendió el nombre sino la rapidez con que el fiscal había claudicado, incluso siendo él el primero en abrir la espita.

—Algo —repuse vagamente.

—¿Como qué?

—Es un hombre importante, financiero creo, con múltiples negocios...

—Y más.

—Bueno —carraspeé—, se dice que tiene poderes en el sindicato. Habladurías —agregué rápidamente, queriendo quitarle hierro a la cosa, a ver cómo reaccionaba él.

—Habladurías que iban a ser demostradas —dijo secamente.

Me arrellané mejor en la butaca, sin perderle de vista. Y pregunté:

—¿Cómo?

—Importantes y definitivas pruebas iban a pasar a nuestro poder.

—¿De qué forma?

—¿No se lo imagina?

La sonrisa que compuso no me gustó.

—¿Elaine Blyth? —aventuré.

—Así es.

Me quedé hondamente reflexivo. El fiscal se equivocó con mis pensamientos y comentó:

—Sorprendido, ¿eh?

Solté un gruñido indescifrable. Mi mente iba caminando por otros caminos.

—Ella nos iba a proporcionar esas pruebas —siguió diciendo—. Cuando ya las tenía y sólo tenía que entregárnoslas, la mataron para robárselas.

No, todo aquello era una incongruencia. Los hombres del sindicato seguían buscando como locos las pruebas. Eso eran los documentos que me habían pedido aquellos dos, Conan y Burke, que ya no verían el próximo amanecer. Ellos no habían matado a Elaine Blyth.

—Tiene que decirnos lo que sepa, Denver. Ahora le toca a usted.

Me lo pensé todavía unos instantes más. Aquello no me gustaba nada. Las piezas no encajaban y yo me sentía algo así como un inocente pichón.

Levanté la mirada y observé al fiscal. Su sonrisa seguía sin gustarme. Me recordaba a algo falso y viscoso. Tal vez me

equivocaba, pero...

—Realmente no he averiguado nada en las últimas horas —dije al final—. Visité a los miembros del grupo teatral Esopo donde ella comenzó, hablando, cambiando impresiones con quienes la conocieron, pero no me aportaron nada interesante. Luego entablé buena amistad con Margaret Syms, la directora del grupo, y pasé el resto del día con ella.

—¿Eso es todo?

—Bueno, antes hablé con Richard Ellis, el agente artístico de la muerta, y también con un ejecutivo de la productora para la que ella había trabajado durante su época de actriz de cine erótico. De unos fui a otros sin obtener información importante. Sólo Richard Ellis apuntó algo que... —hice un gesto medio escéptico—, psé...

—¿A qué se refiere?

—Dijo que Elaine podía tener un amante, una persona con categoría, con dinero... Ahí puede estar la explicación de su asociación con Clark Borden. Porque siendo una mujer que solía vivir al día, ¿de dónde sacó tanto dinero?

—Para eso nosotros ya tenemos la respuesta —dijo al momento, aguantándome la mirada.

—¿Cuál?

—Carter Blake.

—¿El?

—Para obtener las codiciadas pruebas. Elaine Blyth tuvo que convertirse en su amante. Ella aprovechó sus encantos para sonsacarle.

—Sí. No está mal elaborada esa teoría.

—No es una teoría —me rectificó gravemente—. Eso es así. Recuerde que ella estaba en contacto con nosotros...

—Ya.

—Pero nos estamos desviando de lo que me importa. ¿Alguna otra cosa de interés. Denver?

—No.

—¿Va a continuar con el caso?

—Depende de mi cliente.

—Hum —dijo, torciendo el gesto y paseándose por delante de mí—. Esto nos incumbe sólo a nosotros. Según declaró Clark Borden, tenía temor de verse implicado en el asesinato. Hablaré con él para confirmarle que está totalmente desechada esa sospecha. Me encogí de hombros.

—Haga lo que guste.

—Es mejor que a partir de ahora permanezca al margen. Denver. Ya me he enterado de la paliza que recibió. Eso seguro que fue un aviso del sindicato y no el atraco frustrado de dos ladrones, como

figura en el informe policial. No le conviene seguir metiendo la nariz.

Empleaba las mismas palabras que los matones. Cada vez me gustaba menos aquel hombre.

—Okay —dije.

—Bien. Es todo, Denver. Gracias por su colaboración.

Me puse en pie y estreché su mano como despedida. Y salí sin ningún obstáculo.

Poco después entraba nuevamente en comunicación con Clark Borden, tras comprobar que nadie iba tras mis pasos. No me fiaba del fiscal.

—Todo esto significa que los hombres del sindicato no fueron —le dije al final—. No quise desvelarlo ante Lionel Cooper entre otras cosas porque entonces las sospechas hubieran recaído de nuevo sobre ti.

—Eso quiere decir que cuando lo averigüen volverán a las andadas.

—Posiblemente.

—Entonces, ¿continúas?

—Tengo tanto interés como tú. Mi orgullo profesional se siente picado.

—¡Bravo, John!

Compuse una mueca que él no podía ver, comentando:

—Espero que eso no sea mi epitafio.

—¡Calla, hombre! ¿Qué piensas hacer?

—Hablar con Loomis o Blake.

—¿Estás loco?

—Me interesa un cambio de opiniones con alguno de esos fulanos. Tal vez lleguemos a un acuerdo.

Clark Borden resopló.

—Hasta luego —me despedí a continuación.

Tomé de nuevo el coche y me trasladé hasta los billares de Sharkey, en pleno Bowery. Quería hablar personalmente con Kelvin.

—¡Muchacho! —exclamó, nada más verme, dejando el taco y viniendo hacia mí.

—Hola, Kelvin.

Me miró de arriba abajo.

—¿Todavía entero?

Le puse cara de pocos amigos para que abandonara la familiaridad.

—Quiero entablar contacto con Loomis o Blake.

—Oh —murmuró—. Entonces no voy a verte así por mucho tiempo. Lástima.

—¿Dónde puedo encontrar a alguno de ellos?

—¿Eh?

—No tengo ganas de repetir la pregunta. Además, tus amigos esperan.

Era cierto. Los dos tipos que jugaban la partida con Kelvin aguardaban impacientes, mirándonos, apoyados con las dos manos en el taco respectivo.

—Blake es inaccesible. Por otro lado, vive fuera, en Long Island, allí tiene una finca por todo lo alto. A Loomis es más fácil localizarlo.

—¿Dónde? —insistí.

—Muchacho, ¿estás seguro de lo que quieres? ¿Por qué no tomas un whisky conmigo y...?

—Olvídalo, Kelvin.

—He oído cosas. Tú me dijiste que estuviera alerta. Las gentes de Blake andan por todos lados, husmeando, haciendo preguntas, partiendo más de una cara... Buscan algo.

—Lo sé.

Me miró espantado.

—¿No serás tú el que lo tiene y piensas ofrecérselo...?

—No. Pero me has dado una idea para la aproximación. Vamos, dime dónde puedo encontrar a Loomis.

—Está bien. Es el gerente del Park Club. Pero que conste que estás rematadamente chiflado.

—Seguro.

—En vez de olvidar...

—Yo no olvido.

—Estás cavando tu propia fosa.

—Llévame flores —le dije como despedida. Salí del agujero y tomé el coche para trasladarme hasta el Midtown, donde se hallaba el Park Club, un lugar céntrico y elegante, del que siempre había oído hablar con agrado.

Entré, y me di una vuelta observándolo todo. A aquellas horas no había mucha clientela. La pequeña orquesta tocaba música de Glenn Miller.

—¿Mesa, señor?

Era uno de los camareros.

—No, gracias. Busco al señor Loomis.

—Oh, espere un momento.

Le sonreí agradecido. Unos minutos más tarde regresaba junto a mí acompañado de un sujeto alto, moreno, fuerte, vestido de rigurosa etiqueta.

—¿Quién es usted? —me preguntó cuando ya el camarero se alejaba.

—¿Es usted Loomis? —pregunté a mi vez.

—Soy Banks, su encargado.

—Bueno, yo quiero hablar con el señor Loomis.

—Está ocupado. Dígame quién es y lo que quiere. Procuraré servirle.

—Sólo hablaré con el señor Loomis. Dígame que John Denver está aquí.

Mi nombre hizo efecto, tal como había pensado. El tipo ensombreció su rostro y dijo secamente:

—Venga conmigo.

Le seguí por una puerta disimulada a lo largo de un estrecho pasillo. Tras salvar un recodo llegamos ante una puerta de madera noble rotulada con la palabra DIRECCION.

El tipo tocó con los nudillos y luego abrió, franqueándome el paso.

Entré.

Había dos hombres en el amplio despacho. Uno parecía un hermano gemelo de mi acompañante. El otro era un tipo de estatura normal, algo obeso, de facciones caballunas. Debería contar con unos cuarenta años de edad, y parecía tener la intención de marcharse porque en aquellos momentos se echaba un gabán por encima. Fue él precisamente quien preguntó:

—¿Qué ocurre. Perkins?

Perkins era mi acompañante. Ya exhibía su rostro una sonrisa de lobo y su mano una pistola automática.

—A que no adivina quién es este fulano, señor Loomis.

James Loomis me miró con curiosidad.

—¿Quién?

—John Denver, el entrometido.

—Vaya, así que es usted...

Sonreí y levanté la mano derecha.

—He venido en son de paz.

—¿Y mis chicos, Conan y Burke?

—Yo qué sé —me encogí de hombros—. Desde la paliza que me dieron en la oficina no los he vuelto a ver...

—Fueron a visitarle otra vez.

—No los vi.

—Qué extraño. Ellos me telefonearon diciéndome que habían vuelto a encontrar su rastro, que iban tras usted esperando se presentara una oportunidad para sorprenderle...

—No debieron encontrarla.

—No, ¿eh?

—No —le aguanté la mirada.

—Bueno —chasqueó dos dedos—, arrancádselo a puñetazos,

muchachos.

Yo grité:

—¡Eh, espere!

—Me marchó, tengo prisa por resolver un asunto. A la vuelta quiero saber qué ha sido de Conan y Burke. Confío en vosotros, muchachos.

—¡He venido a parlamentar! —volví a gritar.

Se detuvo en su camino hacia la puerta.

—¿Sí?

—Sí. Cambio información por información.

—¿Qué tipo de información? —pareció cobrar cierto interés por el tema.

—Los documentos.

—¿De qué documentos me habla?

—De los de Elaine Blyth.

Primero soltó una risita, luego dijo:

—Eso ya no me interesa, amigo —escupió al suelo—. Llegó tarde. ¡Encargaos de él!

—¡Eh!

Pero ya no me hizo caso y salió definitivamente del despacho.

Me quedé solo con sus muchachos. Los vi venir hacia mí y pensé que la situación volvía a repetirse una vez más. Lo malo es que en esta ocasión no iban a contentarse con dejarme apaleado. Tanto si hablaba como si no hablaba, iba a quedar eliminado del censo de los vivos, no necesitaba uno ser un adivino para saberlo.

Pensé en una posible salida, y entonces el que no tenía arma empuñada me atizó en el rostro, con toda su mala leche, y me tiró de espaldas contra la pared.

—Te conviene hablar, pesquisa —rió el otro, viendo cómo me restañaba la sangre que brotaba de mi nariz.

—No sé nada —dije.

—Dale, Mortimer.

El bueno de Mortimer vino nuevamente hacia mí con la intención de machacarme, pero ahora se quedó con el brazo en el aire, como una mala imitación del Discóbolo.

La culpa la tuvo el golpetazo de la puerta al abrirse súbitamente... y el loco que entró repartiendo plomo.

Yo fui el primero en darse cuenta de lo que iba a pasar porque me encontraba de cara a la puerta. Por eso me arrojé en seguida al suelo, como si me zambullera en una piscina, sin preocuparme de los elegantes de Loomis, yendo a parar tras la mesa escritorio.

La primera rociada de plomo cubrió toda la zona ocupada por el tipo que me golpeaba y yo. El bueno de Mortimer echó a correr hacia adelante, empujado por las balas, y chocó estrepitosamente contra la pared, derrumbándose.

Su compañero ya se revolvía para responder al intruso, pero no fue demasiado rápido. Otra andanada de plomo candente le alcanzó a la altura de la barriga, gritó como una rata, soltó su pistola e inició unos trágicos pasos de tango para finalmente venirse abajo como su compinche.

Para ese entonces yo ya me había hecho con la pistola de éste, la cual, casualmente, había ido a parar a escasas pulgadas de mí.

Fue una buena idea porque el recién llegado no era mi salvador. La pequeña masacre no le había dejado del todo contento y me buscó a balazo limpio con el fin de completar su obra. Toda la mesa se convirtió en un infierno.

De pronto, me la jugué, apareciendo por un costado, contrario adonde él se encontraba.

El fulano se llevó una gran sorpresa mortal. Mis plomos le alcanzaron certeramente y cayó despatarrado, sangrando como un cerdo degollado.

Me acerqué a él gateando. Era un tipo joven, de unos veinticinco años, pelirrojo, de rostro alargado. Desgraciadamente, estaba muerto. No habla tenido tiempo para filigranas, era su vida o la mía.

Le registré, pero no encontré nada que me hablara de él. No entendía su intromisión en aquel lugar, por qué quería matarnos.

Si no era un hombre de James Loomis, como era fácil de deducir, ¿al servicio de quién o qué idea trabajaba?

Lo dejé estar al escuchar unos extraños gemidos. Giré el rostro y observé sorprendido que el tal Perkins todavía alentaba.

—Un... mé...di...co... —balbució, con las manos en su barriga, tratando de cerrar los boquetes.

—En seguida, muchacho —le sonreí—. Pero antes dime adónde ha ido Loomis.

—Una ci...ta... Los do...cu...mentos... Piain Street, trece... Un... méd...

Expiró antes de terminar la palabra.

Salí del despacho y junto a la puerta me encontré a un tipo caído. Lo reconocí como el camarero que me había atendido al llegar al club.

Le reanimé, preguntándole seguidamente por el sujeto pelirrojo.

—Entró detrás de usted... Luego vi cómo les seguía hacia la puerta... Le llamé la atención y entonces me amenazó y me obligó a conducirlo hasta aquí... —miró fijamente la pistola que empuñaba—: ¿Qué ha pasado?

Como respuesta le di con la culata en la cabeza y lo mandé nuevamente al mundo de los sueños. A continuación encontré una salida de emergencia, la cual me evitaba tener que dar la cara, y por allí me largué.

Tuve que dar un rodeo a la manzana para llegar hasta mi coche. Poco después corría por las calles de Manhattan hacia el distrito de Greenwich Village, adentrándome en la zona de los muelles.

Plain Street era un callejón prácticamente inexistente. Todos los edificios habían sido derruidos y sólo quedaban unos vastos y sucios solares. Un gran cartelón anunciaba que todo aquello iba a convertirse en un hipermercado, con amplias zonas de aparcamiento y demás.

Pensé que iba a ser imposible hallar el número trece, que el moribundo podía haber delirado o engañado deliberadamente. Pero no fue así. Encontré media pared que quedaba milagrosamente en pie, todavía con el rótulo trece.

Lo que sí me llamó la atención fue no ver a nadie. El lugar aparecía solitario y silencioso. Sólo a lo lejos vi a unos chiquillos correteando, posiblemente jugando al escondite o a policías y ladrones.

Llegué a la conclusión de que la cita ya se había celebrado y los pájaros habían escapado.

Pues no.

Quedaba uno.

Tropecé con él cuando ya iba a dar media vuelta para largarme. El tipo en cuestión se encontraba tirado entre las ruinas, con un balazo en el pecho y ya nada se podía hacer por él.

Le reconocí inmediatamente. Se trataba de William Ley, el amiguito de Alexandra Fenton.

CAPITULO X

Mi cerebro comenzó a trabajar rápidamente ante la visión de aquel cadáver. Comprendí varias cosas. Por ejemplo, que William Ley y Alexandra Fenton podían ser los autores del robo de los documentos... y por extensión los asesinos de Elaine Blyth. El caso parecía resuelto.

Chasqueé la lengua y me dije que ya nada tenía que hacer allí. Era mucho más importante tratar de dar con Alexandra Fenton..., si es que Loomis no se había encargado de ella también.

Lo primero que hice fue localizar una cabina telefónica y llamar a mi cliente.

—¿Qué hay, John?

—¿Sabes por dónde anda Alexandra Fenton?

—Está en el teatro, ensayando. Ahora nuevamente tiene ella el primer papel. Pensamos reiniciar la función pasado mañana. ¿Qué ocurre?

—Caso de que pensara marcharse, retenía con cualquier excusa hasta que yo llegue.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré.

Colgué, salí de la cabina y, de nuevo en el auto, seguí camino hacia el Buick Theatre. Como me cogía de paso el lugar donde realizaban sus ensayos los del grupo Esopo, decidí hacer un alto para ver a Margaret, comunicarle las últimas novedades y recogerla si ya habían terminado.

En efecto, los muchachos estaban desfilando en aquellos momentos.

—¿Cómo tú por aquí? Creí que me llamarías...

—Tengo prácticamente resuelto el caso —le repliqué, contento, tanto por mis palabras como por volverla a ver—. Vente conmigo y asistirás a su resolución.

—De acuerdo.

—¿Quién mató a la pobre Elaine? —preguntó interesado Edward Lane, que se encontraba junto a Margaret.

—Primero tengo que confirmarlo, muchacho.

—¿Y del posible amante? Margaret me estuvo contando que alguien podía estar apoyando financieramente a Elaine...

—Sí, es cierto, pero nada está confirmado.

—Me gustaría ir con ustedes...

—Habías prometido ocuparte del nuevo vestuario para la obra que vamos a montar —le recordó Margaret, con gran alivio por mi parte, pues no quería llevar conmigo más gente.

—Ah, sí.

—No te preocupes, Edward. Ya te informaré de lo que suceda —le prometió ella.

El muchacho se conformó y le dejamos solo. Cuando llegamos al teatro ya no había nadie... excepto Clark Borden y Alexandra Fenton.

La muchacha se encontraba nerviosa y discutía con él con cierto acaloramiento.

—¡Tengo que marcharme!

—Mira, ahí está...

Nos hallábamos en el *hall*, tenuemente iluminado. Alexandra Fenton palideció y exclamó:

—¡Otra vez usted!

—Hola, señorita Fenton —la sonreí—. Ya tiene lo que quería, ¿no?

—¡No quiero que me lie! —me apuntó con un dedo. Luego se encaró a mi cliente y le dijo—: Dígale que se vaya y que no me importe.

—Lo siento, Alexandra.

Ella arrugó el ceño ante aquellas palabras de Borden.

—¿Qué pasa?

—Este hombre trabaja para mí.

—Pero...

—Es detective privado.

Enmudeció, totalmente sorprendida. Yo esboqué una nueva sonrisa y dije:

—Vengo de ver a su amiguito William Ley.

No pudo evitar un temblor, pero continuó callada. Miró a Clark Borden, a Margaret Syms. En seguida se dio cuenta que nadie la iba a ayudar. Estaba atrapada.

—He averiguado cosas interesantes —agregué.

—Yo... —balbuceó.

—Ustedes mataron a Elaine Blyth y le robaron unos importantes documentos.

—¡No! —alzó la voz—. ¡William no puede haber confesado eso! ¡Es falso!

—¿De verdad?

—¡No la matamos!

—¿Qué hicieron, entonces?

Se tomó un respiro, tratando de calmarse.

—Ya le comenté que ella debía andar metida en un feo negocio por las cosas raras que sucedían a su alrededor —fue lo primero que dijo—. El último día la vi nerviosa, agitada, como la persona que ha cometido una falta y teme ser descubierta. Me echó del

camerino con malos modales. Yo aproveché unos minutos que estuvo fuera, en el servicio, para entrar y registrar. Encontré unos papeles que me parecieron interesantes y me quedé. Luego ella regresó y alguien la mató. Yo oculté los papeles aquellos para más tarde enseñárselos a William. El entendió mejor el significado de los documentos, me comentó que podían valer oro, que eran pura dinamita, las pruebas para condenar a un hombre de postín.

—¿Carter Blake? —pregunté.

—Ese era el nombre, en efecto.

—¿Qué pasó después?

—Quedamos en que él se encargaría de todo. Se pondría en contacto con ese hombre y le propondría un trato. Le pediría una buena cantidad por los papeles. Precisamente habían quedado para hoy.

—¿En el número trece de Plain Street?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Estuve allí.

—Entonces... ¿los han cogido?

—Sólo vi a su amiguito. Estaba muerto.

Alexandra Fenton perdió el poco color que le quedaba a su rostro.

—¡No! —aulló.

—El trato se cerró de mala manera. Los hombres de Blake le pagaron con plomo, quedándose los documentos. Creo que obraron muy ingenuamente. Con esa gentuza no se puede jugar alegremente al chantaje.

Ella se había llevado las manos a la cara para ocultar su llanto.

—¡Pobre William!

—Bien —exclamé—. Lo de los documentos está claro y va a ser cosa del fiscal. Pero sigue quedando oscuro el punto que más nos afecta y preocupa a todos: el asesinato de Elaine.

Tanto mi mirada como las de Clark Borden y Margaret Syms se encontraron en la llorosa mujer. Ella retiró las manos de su rostro, dejando ver las lágrimas que corrían por sus mejillas. Gritó, casi con desesperación:

—¡No! ¡No fuimos nosotros! ¡Lo juro! ¡Jamás habríamos asesinado a alguien!

—Es sólo su palabra —dije.

—¡Digo la verdad! ¡Y aún hay más! ¡Los documentos los sigo teniendo yo!

Aquellas palabras causaron impacto. Se produjo un tenso silencio. Luego pregunté:

—¿Cómo es eso?

—No somos tan ingenuos. William sólo fue a entablar contacto. No sé por qué lo mataron esos cerdos.

—Tal vez intentando sonsacarle el lugar donde los escondía. Eso significa que usted corre peligro. Los hombres de Blake deben seguir tras la pista. ¿Dónde los tiene?

—En una caja de la Grand Central.

—¿Lleva la llave encima?

—Sí.

—Démela y dígame el número. Yo iré a por ellos y avisaré a la policía.

—De eso nos ocuparemos nosotros —dijo James Loomis, apareciendo súbitamente.

CAPITULO XI

James Loomis iba acompañado por un sujeto enjuto, de piel cetrina y ojos acuosos. Sostenía una pistola con la mano izquierda, con mucha fuerza, y parecía inmutable, como si lo hubieran tallado en granito.

Ambos habían penetrado por la puerta principal, sorprendiéndonos gracias a que nos encontrábamos enfrascados con la charla con Alexandra Fenton.

—Volvemos a tropezar, entrometido —me dijo Loomis, mirándome con cierto asombro—. ¿Cómo escapó de mis hombres?

—Un tipo apareció de pronto con una pistola y los barrió de golpe.

Sonrió con desgana.

—No estoy para chistes malos.

—Allá usted —me encogí de hombros—. Es la verdad. Después acudí a la dirección de Plain Street donde usted se había citado con William Ley, pero sólo encontré un despojo humano. Fue un sucio trabajo.

—No queríamos matarle. Pero el chico se puso tonto, se negó a hablar, no llevaba los documentos... y para rematar sus estupideces, cobró miedo y se echó encima de Peck. En el forcejeo se disparó la pistola y le alcanzó mortalmente. Estúpido.

—¿Quién?

—Basta de palabrería. Vayamos a lo que nos interesa. No tenemos mucho tiempo. La llave.

Miré a Alexandra.

—¡Asesinos! —les espetó, rabiosa.

Loomis le agradeció el insulto con un guantazo que le cortó las lágrimas en seco.

—Nena, esto es serio —le dijo con voz amenazadora—. ¿No querrás acabar como tu amigo?

Ella quedó jadeando, con una mano sobre la mejilla dolorida.

—No estamos para bromas ni para pérdidas de tiempo. Tu amigo, para confiarnos, nos estuvo contando la historia, nos habló de ti y como le robaste los papeles a Elaine Blyth... Luego lo estropeó todo intentando ser un héroe. Fuimos a tu casa, no estabas, pero la registramos sin ningún resultado. Ahora estamos aquí y no nos vamos a ir de vacío. ¿Has oído, nena?

La había cogido por los cabellos, estirándoselos fuertemente, hasta hacerla gritar.

—¿Dónde está la llave de marras? Al entrar escuchamos la parte más interesante.

Alexandra Fenton dejó escapar un sollozo, y luego entrecortadamente:

—La... la tengo... en el camerino...

—Pues vamos.

James Loomis la empujó hacia adelante, bruscamente. Desaparecieron tras unas cortinas sin que el acompañante de Loomis se moviera una pulgada, continuando con el arma empuñada, vigilándonos estrechamente.

Me fijé en Clark Borden, mi cliente: sudaba. Margaret Syms, por el contrario, parecía más serena, posiblemente se estuviera acostumbrando a estas situaciones.

—¿Nos van a matar? —le quise dar conversación al vigilante.

El tipo no contestó.

—Me llamo John Denver —agregué—. ¿Y tú, silencioso?

Continuó impassible.

Entonces di un paso al frente.

—¡Quieto! —ladró, alterándose por primera vez.

—Vaya, hablas —comenté, sonriendo. Luego desvié mi mirada hacia Margaret, que se encontraba a mi derecha, con la intención de que comprendiera lo que pensaba hacer. Con Clark Borden sabía que no podía contar.

Di otro paso más, saliendo ya del punto de mira del vigilante.

—¡Otro movimiento y le achicharro! —me amenazó, corrigiendo la situación del cañón para apuntarme. Entonces Margaret quedó por completo fuera. Era el momento, y ella lo supo aprovechar. Lanzó el bolso contra el brazo armado.

El disparo sonó, de todas formas, muy amortiguado por el silenciador que el arma llevaba acoplado. La bala salió alta, alcanzando el techo.

Al instante siguiente yo ya estaba encima del tipo. Tenía prisa porque imaginaba que James Loomis no tardaría en aparecer. Le retorcí el brazo armado hasta que crujieron sus huesos y luego le golpeé una y otra vez en el rostro, sin que me ofreciera apenas resistencia. Finalmente cayó hecho un ovillo, sin sentido y con la cara ensangrentada.

Tomé la pistola y me acerqué a Margaret, dándole un beso de agradecimiento.

—Has estado formidable.

—Yo me muero —gimió Clark Borden, pasándose un pañuelo por el sudado rostro.

Corrí hacia las cortinas, las traspuse y avancé por el corredor, prácticamente en penumbra.

En seguida tuve que pegarme a la pared, nada más escuché pasos y vi la figura de James Loomis avanzando hacia mí. Al verle solo, sentí un estremecimiento al pensar en Alexandra Fenton y una sorda rabia me invadió al imaginar lo que había podido

pasar.

—¡Alto, Loomis! —le grité.

No me obedeció. Se hizo a un lado y sacó su pistola. Yo fui más rápido, puesto que tenía el arma en la mano. Mi disparo, por tanto, sonó primero y la bala le alcanzó en el hombro derecho, zarandeándolo. El hizo fuego entonces, pero ya sin control, y no sé adónde diablos pudo ir su plomo. Desde luego a mí no me dio.

Corrí como una centella hacia él. En aquellos instantes intentaba levantar el brazo armado y herido con la ayuda de la otra mano para conseguir un buen disparo. Antes le alcanzó mi pie, lanzando por los aires su pistola. Luego le incrusté el puño izquierdo en el estómago y le machaqué el rostro con la culata de la pistola que empuñaba. Se derrumbó como un pesado saco de patatas.

Me guardé su pistola y luego me arrodillé junto a él. Su rostro presentaba un feo aspecto, gracias al dolor que lo contraía y al golpe recibido.

—Bien, Loomis. Las tornas se cambiaron.

Me miró con odio.

—Maldito sea... Se salió con la suya..., entrometido...

—Espero que me aclare algunas cosas, Loomis.

—Sólo hablaré ante... mi abogado...

Sonreí como los malos de las películas.

—Eso se lo ha enseñado su jefe, el señor Carter Blake, ¿verdad que sí?

Por toda respuesta dejó escapar un gemido de dolor. El hombro le sangraba.

—Conmigo no vale eso —le seguí diciendo—. Hay gente que no se merece piedad. Usted es uno de ellos. ¿Quiere que le meta otro balazo, ahora en la barriga? Se morirá sufriendo las penas del infierno y seguro que a mí me recriminará. ¿Qué dice, Loomis?

—Puer...co...

Le atizé para que corrigiera su lenguaje barriobajero.

—¿Quién mató a Elaine Blyth? —le pregunté a continuación.

—Ellos... —respondió, pareciendo entrar en razón.

—¿Quiénes?

—Esa pareja...

—No fueron.

—Mienten.

—Dicen la verdad.

—Pues no... no lo entiendo...

—Alguien la asustaba, le destrozó el camerino, echó vitriolo a una mascarilla...

—Eso lo hicieron mis hombres, para convencerla de que le

convenía hacer lo que queríamos...

—¿Qué?

—Robar... robar las pruebas...

Me quedé de una pieza. La pistola a punto de escapárseme de la mano.

—Está delirando. ¿Cómo la iban a obligar a robar las pruebas a ustedes mismos?

—¡No! —se exaltó—. Esas pruebas las robó un tal McKintosh, que trabajaba para nosotros y que resultó un traidor.

Ahora yace muerto, bien enterrado. El se las proporcionó al fiscal por una buena paga y nosotros obligamos a Elaine Blyth a que se las robara antes de que detuvieran al jefe...

Se desmayó sin que yo saliera de mi asombro. Todo daba un giro de ciento ochenta grados.

Clark Borden y Margaret Syms ya habían llegado junto a mí. El primero continuó camino hacia el camerino de Alexandra Fenton, mientras yo ponía al corriente a la mujer.

—¿Sabes lo que significa?

—Parece imposible.

Clark Borden ya regresaba.

—¿Y Alexandra?

Meneó la cabeza negativamente.

—¡Maldito perro! —le asesté una patada al inconsciente Loomis.

—John, no entiendo nada... —balbuceó mi cliente. Se le veía hondamente impresionado.

—Margaret te lo explicará. Avisad a la policía. Yo voy a por los malditos documentos. Se los llevaré personalmente al fiscal Cooper.

Ya me había hecho con la llave, tras registrar a Loomis. Con mi auto me trasladé hasta la estación Grand Central. No hubo ninguna dificultad para dar con la caja y abrirla. En el interior había un sobre de papel manila. Lo abrí y extraje una serie de papeles que leí apasionadamente. Como ya había comentado el amiguito de Alexandra Fenton, aquello era pura dinamita. Con esos papeles en sus manos, el fiscal del distrito podía apuntarse un gran tanto.

Me fui a su oficina, pero allí no se encontraba. Ya había marchado a su domicilio, terminada la jornada de trabajo. Ni siquiera se me había ocurrido consultar la hora. Eran ya más de las seis de la tarde.

Lionel Cooper vivía en una finca de Reverside Drive que le debía haber costado un buen puñado de miles de dólares. Aparqué el coche junto a la acera. El jardinero fue quien me abrió la verja, franqueándome el paso. Llegué finalmente a la puerta de la casa, una construcción de dos plantas, de moderna factura, con garaje propio.

Tras pulsar el botón del timbre, me abrió la puerta una señora de mediana edad, tal vez unos cuarenta y cinco años, de cabellos dorados y ojos grises. No era ninguna belleza, además su cuerpo presentaba un exceso de grasa.

—El señor Cooper.

—Sí. ¿Quién es usted?

—John Denver. Nos conocemos.

—Pase.

Pasé al recibidor.

—Ahora avisaré a mi esposo. Un momento, por favor. Sus palabras no me cogieron de sorpresa. Un fiscal del distrito era de imaginar que tendría una santa esposa y unos bellos hijos con los que pasearse por

la vida pública. ¿Y Elaine Blyth? Me acordé de las palabras de Richard Ellis sobre la extraña ascensión de algunas actrices.

La espera no se hizo muy larga. Lionel Cooper apareció en mangas de camisa, ya con una ceja arqueada.

Me miró muy sorprendido y exclamó:

—¿Cómo usted por aquí. Denver?

—Han sucedido cosas —repuse.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Es largo de explicar.

—Pase al salón.

Fui tras él, entreteniéndome en sacar el sobre de las pruebas contra Carter Blake del bolsillo de mi chaqueta.

Cuando llegamos al lujoso salón, con un par de ventanas que daban al jardín, en su parte posterior, los dos quedamos encaramelados.

Yo alargué la mano con el sobre.

—Tome.

Lo miró sin cogerlo.

—¿Qué es esto?

—Lo que tanto quería.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Los... documentos...?

—En efecto.

Extendió una mano temblorosa para tomarlo. Durante unos instantes reinó el silencio, mientras comprobaba cada uno de los papeles.

Luego alzó su mirada, con chispas de furia.

—Le dije que no se entrometiera...

—No tiene por qué enfadarse —replicó secamente—. Le he conseguido lo que usted deseaba.

Calló, apretando los labios.

—Ni sus muchachos ni la policía han sido capaces. Creo que deberían estarme agradecido, ¿no?

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó de sopetón. Adiviné que era la pregunta que se moría por hacer.

—Bueno, verá... Elaine las tenía, pero se las llevó una compañera envidiosa, llamada Alexandra Fenton. Supongo que en el dossier del caso habrá leído su nombre. Ella, con la colaboración de su amigo William Ley, intentaron vender los documentos a Carter Blake. Las cosas les salieron bastante mal, por medio intervine yo y... y conseguí los preciados papeles.

—Ajá —pareció aliviado—. Esa pareja fueron los asesinos. La mataron para robarle.

—No, señor.

—¿Qué dice? —se sobresaltó.

—Ellos robaron los documentos, nada más. Otra persona mató a Elaine Blyth.

—Los hombres de Blake, como sospechábamos. Quisieron recuperar los documentos y al no poder obtenerlos, como venganza, la mataron.

Sonreí.

—Ya no me puede liar, Cooper —dije.

Agitó los papeles que sostenía en las manos, nerviosamente.

—¿Cómo dice?

—Lo que me largó en su oficina era un cuento.

Palideció.

—¡Denver!

—¡Ni Denver ni Colorado! —exclamé a mi vez—. ¡Basta ya de farsas! ¡Quítese la máscara!

—No..., no le entiendo...

—Esos documentos los robó Elaine Blyth, es cierto. Pero no se los robó a Carter Blake..., sino a usted.

Se quedó de muestra. Creo que toda la sangre huyó de su cuerpo. Los papeles escaparon definitivamente de sus manos y revolotearon un poco antes de caer al suelo.

—James Loomis ha hablado. En estos momentos se debe encontrar haciéndole una extensa confesión al teniente Langtry.

—No... —balbuceó.

—Ahora están mucho más claras las cosas, Cooper. Yo las veo del siguiente modo. Elaine Blyth era su amante y también su protegida durante una temporada. Supongo que como premio a su «generosidad», usted le proporcionó el dinero suficiente para que se independizara y asociara a Clark Borden. ¿Es así?

No dijo nada y yo insistí:

—¿Es así?

Asintió muy lentamente.

—Sólo... solo fue unos días... una debilidad...

—Ya.

—No la volvía a ver hasta que de pronto apareció interesándose por mí.

—Supongo que entretanto usted consiguió las pruebas del tal McKintosh, y Carter Blake lo supo en seguida y no sólo liquidó a McKintosh, sino que planeó una estratagema para hacerse con los papeles comprometedores. Por algún infiltrado tuvo que saber que Elaine Blyth había tenido un devaneo con usted. Como no tenía pruebas, no podía chantajearle, pero sí podía obligar a Elaine Blyth a que volviera a su redil para que robara los documentos. Por eso sus hombres la asustaron, haciéndola entrar

en razón. E hizo su papel.

—Sí. Así debió ocurrir.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo.

Recogí los papeles del suelo y le miré fijamente.

—Pero sucedió que usted descubrió la falta de los documentos. Hizo un repaso mental de quién o quiénes podían ser los ladrones... y pensó en Elaine Blyth.

—Era lo lógico. Entonces comprendí por qué había vuelto a mí.

—Encolerizado fue y la mató.

—¡No!

—Pero llegó tarde. Alguien se había adelantado a usted, robando los documentos.

—¡No! ¡No la maté!

—No le creo, Cooper —me aproximé a él—. Ninguna otra persona pudo ser. Sólo usted.

—¡Se equivoca!

Le atrapé con la mano libre por el cuello de la camisa y le escupí a la cara.

—Es usted un perfecto canalla. Mató a Elaine Blyth, como también quiso liquidarme a mí.

Ahora no dijo nada. Yo proseguí:

—Usted se interesó por el asunto del asesinato de Elaine Blyth porque le convenía estar cerca, por si acaso surgía un imprevisto. También porque quería recuperar los documentos. Supongo que ni sus allegados saben que esos documentos faltan, habrá inventado cualquier historia para excusarse por ese interés. Como a mí me largó un bonito cuento para interrogarme sin levantar sospechas y averiguar lo que sabía. Usted comprendió en seguida que yo era un peligro, así que contrató a un asesino a sueldo para que me quitara de la circulación. Si seguía adelante con mis pesquisas podía llegar a descubrir la verdad, y sobre todo que usted había mentido. El pelirrojo fue impetuoso y metió la pata. Se introdujo en la boca del lobo para matarme, posiblemente sin saber que era la boca del lobo, pues si no hubiera intervenido, los hombres de Blake habían hecho el trabajo por él y ahora estaría bajo tres pies de tierra. Me salvó la vida sin querer y yo se lo agradecí matándole —le miré fieramente—. ¿Va a confesar la verdad, Cooper?

—Eso último es cierto, pero lo otro no. ¡No la maté! ¡Cuando sospeché de ella era demasiado tarde! ¡Había muerto!

—¡Se lo juro!

—Bueno, como quiera —me di por vencido—, no voy a seguir discutiendo más con usted. Ya se encargará de todo la policía. Tras el lío organizado en el Buick Theatre, no van a tener más

remedio que intervenir.

—¿Eso quiere decir qué...?

—Que toda esta mierda saldrá a la luz pública —dije abruptamente, soltándolo con desprecio—. Se sabrá su lío con Elaine Blyth y cómo ella obtuvo los documentos.

Cerró los ojos, abatido.

—Yo no la maté —susurró.

—Hummm... —me empezaba a preocupar su insistencia de inocencia—. Ya se aclarará.

En el momento que echaba a andar hacia el teléfono, escuchamos unos pasos que se aproximaban al entrar en el salón. El fiscal Cooper alzó la mirada y abrió sus ojos grandemente. Yo giré el rostro y vi a su mujer, con la faz descompuesta, toda ella temblando.

Era evidente que había estado escuchando.

—¡Kathy! —gimió él.

Y entonces sonó el disparo.

Oí gritar al fiscal y luego le vi girar como una peonza, con una mano en el pecho.

—¡Allí, la ventana! —gritó la mujer.

El cañón del revólver desaparecía en esos momentos.

No me preocupé del fiscal, si estaba vivo o muerto. Corrí hacia allí y salté por encima del alféizar, rodando seguidamente por el suelo.

Vi al criminal doblar una esquina de la casa y fui tras él, velozmente.

Llevaba camino de la salida.

Antes de alcanzar la verja pasé junto al jardinero, tumbado sobre el verde césped que cuidaba, inconsciente o muerto. El criminal ya había salido de la finca.

Le vi subir a un coche, un «Ford Mustang», y arrancar meteóricamente. Yo subí al mío y procuré no perderlo de vista, iniciando una dura persecución.

El tipo corría alocadamente Riverside Drive hacia arriba, salvando cuantos coches podía. Luego, giró a la derecha, tomando la West 109th Street, cruzó West End Avenue, pasando entre un camino de reparto y una motocicleta, estando a punto de organizar un desastre, y más tarde viró a la izquierda, subiendo por Amsterdam Avenue.

Yo procuraba no perderlo de vista y no chocar contra nadie, y eso ya era bastante, tal como se estaban desarrollando las cosas.

Pasamos junto a la Columbia University. Fue vista y no vista. Los autos que dejábamos atrás hacían sonar sus bocinas en señal de protesta. No tardamos nada en llevar tras de nosotros a un coche patrulla.

La sirena puso más nervioso al conductor del «Ford Mustang» y eso aceleró el final de la persecución. Antes de alcanzar la West 125th Street, se cruzó en su camino una furgoneta que salía de Morningside Houses. El tipo la sorteó como pudo, subiéndose a una acera, causó el terror entre los transeúntes, y terminó estrellándose contra una farola.

No debió sufrir mucho porque aún encontró fuerzas para salir a trancas y barrancas del auto.

Pero yo ya le esperaba con mis puños listos. Intentan manejar su pistola, pero estaba algo *groggy* y me fue fácil dominarlo. Sólo tuve que propinarle un par de golpes para dejarlo a mis pies como una liebre muerta.

Desde el suelo, con un labio partido y una brecha en la frente, me miró con ojos de derrotado.

—Se acabó, Edward Lane —le dije.

EPILOGO

Leí una carta de un acreedor, cuando sonó el timbre de la puerta de mi oficina y pensé que con un poco de suerte aquel tipo podría ver el dinero que le debía.

Abrí.

—Hola.

Me llevé una gran sorpresa. Era Margaret Syms. Hermosa y elegante, como siempre.

—Hola —respondí sin mucho entusiasmo.

—¿Puedo pasar?

—Sí —me hice a un lado.

Llegarnos al despacho y el silencio reinó entre nosotros durante unos segundos. Luego ella se mordió el labio inferior, me miró a los ojos y dijo:

—Lo siento, John.

No dije nada.

—Sé que cometí una equivocación llamando a Edward Lane. Pero le había prometido que le tendría informado. Quién iba a imaginar que él era el asesino. Yo..., yo creía que el fiscal era el culpable y todo estaba resuelto.

—En cuanto le pasaste el aviso —dije—, él comprendió que el fiscal era el amante secreto de Elaine, el hombre que odiaba y del que también había jurado vengarse, y acudió a ejecutarlo.

—Quiero que lo comprendas, John, no podía saber que Edward Lane era un ser enfermo, traumatizado por el fracaso de Elaine Blyth. Yo no sabía que él seguía enamorado de ella, que la continuaba asediando, que ella le había despreciado, y que la última vez, allá en el camerino, se había reído de él diciéndole que su amante era mucho más hombre que él...

Margaret alargó sus manos hacia mí.

—Oh, John, no hagas las cosas difíciles entre nosotros. Por otro lado, el fiscal Cooper se ha recuperado de la herida del pecho y ha confesado largamente. Ahora le va a hacer compañía a Carter Blake.

Era cierto. Lionel Cooper hubiera preferido morir. Ahora se las tenía que ver con la opinión pública. Sus enemigos políticos y los periodistas habían caído sobre él como buitres, gozando de la carroña.

—John, aún no me has dicho nada... —me pasó las manos por la nuca.

Me miré en sus bellas pupilas.

—Dime algo —insistió, el rostro grave. Aquello no me gustó.

Prefería su sonrisa.

Dije:

—Te quiero.

Y sonrió.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**